

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Mitos y cuentos tradicionales



Presidencia
de la Nación

Ministerio de
Educación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Gabriel Brener

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Mitos y cuentos tradicionales

PLAN NACIONAL DE LECTURA

Coordinadora Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora editorial

Natalia Volpe

Investigación biográfica

Jéssica Presman

Silvia Pazos

Diseño

Juan Salvador de Tullio

Elizabeth Sánchez

Mariel Billinghurst

Digitalización de ilustraciones

Nahuel Cañada

Revisión

Silvia Pazos

Agradecemos a:

Los autores, ilustradores y sus herederos, a quienes les dedicamos esta Edición Homenaje.

Beatriz Ferro y Beatriz Doumerc, por haber avalado la iniciativa con entusiasmo.

Isol por promover este proyecto; a Judith Gociol y Pablo Medina por el asesoramiento.

Y a todos los que nos brindaron su aporte: Irene Spivacow, Miguel Spivacow, Mariana Díaz, Gabriel Barnes, Pablo Conti, Nelda Abed, Lorenzo Amengual, María Teresa Andruetto, Lidia Blanco, Guillermo David, Laura Devetach, Susana Fitere, Istvansch, Susana Itzcovich, Juan Lima, Ángela Ruggiero, Julia Saltzmann, Carlos Silveyra, Amanda Toube.

ALIJA, Asociación La Nube, Argentores, Biblioteca Nacional, CEDILU.

La publicación de los textos e ilustraciones ha sido autorizada por sus autores y/o herederos, salvo en aquellos casos en que las búsquedas no permitieron hallar datos.

Anónimo

Mitos y cuentos tradicionales : homenaje Cuentos de Polidoro / Anónimo ; adaptado por Beatriz Mosquera ; Beatriz Ferro ; Cristina Gudiño Kieffer ; ilustrado por Hermenegildo Sábat; Alba Ponce ; Ayax Barnes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2014.

144 p. : il. ; 25x19 cm. - (Homenaje Cuentos de Polidoro / Adriana Redondo; 4)

ISBN 978-950-00-1039-9

1. Fomento del Libro y la Lectura. I. Mosquera, Beatriz, adapt. II. Ferro, Beatriz, adapt. III. Gudiño Kieffer, Cristina, adapt. IV. Sábat, Hermenegildo, ilus. V. Ponce, Alba, ilus. VI. Barnes, Ayax, ilus.
CDD 028

Fecha de catalogación: 11/09/2014

Prólogo

Los Cuentos de Polidoro vuelven a las manos de niñas y niños, a las de sus padres, abuelos y educadores. Esta *Edición homenaje* publicada por el Ministerio de Educación de la Nación es un genuino reconocimiento a la producción innovadora en libros infantiles que desplegó el Centro Editor de América Latina.

De la mano de Boris Spivacow, junto a un entusiasta y creativo grupo de colaboradores, este proyecto editorial de vanguardia se sostuvo en nuestro país desde 1966 hasta 1995. Sus colecciones promovieron la democratización de la cultura nacional y universal a través de materiales accesibles, atractivos y de excelente calidad para todas las edades.

En esta edición de los Cuentos de Polidoro, se reúne una selección de narraciones que en varios tomos entrelaza cuentos clásicos, leyendas latinoamericanas y mitos europeos junto a las inefables historias de Don Quijote de la Mancha. Valiosos autores, adaptadores e ilustradores hicieron de cada una de ellas un encuentro con la belleza, el humor y la imaginación.

Estos libros pasan ahora a formar parte de un conjunto más amplio, conformado por los miles de títulos y millones de ejemplares que a lo largo de estos años hemos enviado a todas las escuelas de nuestra patria, para promover y afianzar la lectura de nuestros niños y jóvenes. En ese universo de palabras e imágenes que hemos puesto a disposición de nuestros docentes, estamos seguros de que ellos sin duda brillarán con luz propia en cada una de las bibliotecas escolares donde sean acogidos.

Queda, entonces, solo compartirlos y disfrutarlos.

Alberto Sileoni

Ministro de Educación

La vuelta de un Quijote

“¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?”, inquiere el rey en “El ruisenor”, uno de los relatos que integran esta Edición Homenaje a *Cuentos de Polidoro*, la serie publicada por el Centro Editor de América Latina (CEAL), del mítico Boris Spivacow.

“¡Su Majestad no debe creer en todo lo que lee!”, le responde un servidor. Pero el monarca insiste.

El proyecto esbozado por el editor, por el diseñador Oscar Negro Díaz y por la escritora Beatriz Ferro (pasadas las 60 entregas fue reemplazada por Susana Bahamonde) se concretó en 1967, un año después de fundado el sello. Traducciones, adaptaciones y versiones libres de cuentos clásicos y libres de derechos que se hacían eco de las innovaciones –determinantes para el rumbo que tomó la literatura infantil– impulsadas por poetas como María Elena Walsh y Javier Villafaña, quienes se dirigían a chicas y chicos con inteligencia y sin didactismos. Los *polidoros* explotaban el humor, la ironía, el absurdo y el desparpajo con un lenguaje directo y cotidiano, en un abanico que va desde cuentos duramente crueles a historias de inmensa poesía.

Leídas en esta reedición, algunas de estas historias pueden resultar políticamente incorrectas para los parámetros actuales: desde un padre que acompaña pasivamente el abandono de sus hijos y un chico que roba y mata a un gigante sin ser castigado, hasta relatos que se refieren a los indios y no a las culturas originarias. Un valor adicional de esta nueva publicación es poder poner en debate las concepciones culturales de entonces y de ahora.

El mayor impacto lo causaba –y todavía lo causa– el tratamiento gráfico de la serie: bellas y variadas técnicas pictóricas y de diseño que sorprendían, desconcertaban y provocaban a los chicos, en un momento en que las ilustraciones estaban más bien relegadas a una función de paratextos. Aquí las imágenes no acompañan a las palabras sino que posibilitan una lectura independiente. Los *polidoros* fueron ilustrados por dibujantes sabiamente detectados, que por esos años publicaban sus primeros trabajos y luego fueron reconocidos artistas.

Con esta serie, además, el Centro Editor probó la venta semanal en quioscos,

un sistema que resultó un éxito sin precedentes y se volvió una marca de fábrica, junto a otra gran innovación: la publicación de materiales en fascículos. Pero sin duda, lo más revolucionario del proyecto de Spivacow fue la combinación entre precio, cantidad y calidad. El editor sostenía que un libro debía costar “el equivalente a un kilo de pan”. Y no hay nada más sabiamente subversivo –en el mejor sentido de la palabra– que relacionar estos dos alimentos básicos.

El CEAL llegó a lanzar unos 5.000 títulos en más de 70 colecciones y, aún desde el ámbito privado, resultó la propuesta *pública* de promoción de la lectura de mayor envergadura que tuvo este país. Por eso, que esta nueva publicación parta de un ámbito oficial es una señal digna de destacar.

Los 80 relatos que componen los *Cuentos de Polidoro* tuvieron por lo menos tres ediciones realizadas por el propio Centro (1967/1977/1985) y luego compilaciones en tapa dura como *El mundo encantado de los cuentacuentos*, *Cuentos para niños* y *Los hermosos libros*, algunas de las cuales se vendían a crédito. Varios títulos de la serie fueron reeditados en México –en convenio con la Secretaría de Educación Pública– y también aparecieron en Bolivia en una tirada especial de la Secretaría Nacional de Educación. Prueba de que se trataba de un material de avanzada es que cada una de esas veces suscitó un gran interés.

Los tomos que ahora se presentan no incluyen el contenido total de los fascículos lanzados a partir de 1967, sino una selección reagrupada, basada –quizás– más en la potencia gráfica que en los contenidos de los relatos.

En la versión original, el último libro publicado es *La vuelta de Don Quijote*, un bello canto de amor a la literatura. Que esta colección empiece con esa misma historia es, además, otro gesto de reconocimiento a Spivacow, considerado por muchos un Quijote: un editor voraz, soñador y empedernido que, como el monarca de “El ruiseñor”, encontró en los libros la verdad.

Judith Gociol

Periodista e investigadora de temas culturales

Tesoro recobrado

Durante los últimos años, con varias personas y en algunos artículos hablé de mis ansias por ver publicada una reedición de los Cuentos de Polidoro, que hasta hoy eran libros de culto para algunos memoriosos. Conversamos en distintas oportunidades con Beatriz Ferro, que agradeció y se interesó mucho por la iniciativa. También se entusiamó Beatriz Doumerc (escritora y esposa de Ayax Barnes). Lamentablemente no pudieron ver este proyecto concretado. Es raro lo que sucede con los libros que uno ama, y más con los que acompañaron en la infancia. Son parte de la familia, serán personajes de nuestros sueños para siempre.

Me emociona pensar que esta edición es un homenaje, un agradecer. A todos esos escritores y dibujantes les agradezco el hecho de no haber mezquinaldo la emoción y la búsqueda en el trabajo a realizar, sin prejuicios acerca de su público infantil, con respeto por el lector y por su propia creación, poniendo toda la carne al asador en lo que hacían. Contagian libertad. Y por suerte no me habían vacunado contra eso.

Ilustradores como Sábat, Ayax Barnes, Napoleón, Grillo, Alba Ponce y otros de los que participaron en esta colección hicieron unos dibujos que se quedaron a vivir en mi retina, casi como un criterio estético. Sus imágenes constituyen mi folcloré como ilustradora, una mirada que me influyó y me sedujo de niña con la lectura de esas fascinantes historias. Y siguen siendo apetitosas al paladar contemporáneo como si fueran manzanas frescas... Cuando muestro estas obras en el exterior se quedan con la boca abierta por su potencia y libertad estética.

El hecho de que vuelvan para nuevas generaciones de argentinos es riqueza cultural recobrada, y siento mucho orgullo de esta herencia. Una alegría, además, que se distribuyan en escuelas y bibliotecas de todo el país. No se me hubiera ocurrido un plan mejor ni un homenaje más lindo.

¡Ahora, a disfrutar!

Isol

Ilustradora

Participan de esta colección

Quiénes escriben



Hans Cristian Andersen

Dinamarca, 1805-1875. Publicó poesía, teatro, novelas y libros de viaje, aunque se popularizó por los cuentos de hadas. Entre sus más de 150 relatos, se encuentran *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La Sirenita*, *El ruiseñor* y *El traje nuevo del emperador*. Ha sido traducido a más de 80 idiomas y sus cuentos fueron adaptados a ballet, cine, teatro y obras plásticas.



Charles Perrault

Francia, 1628-1703. Trabajó como funcionario y compuso muchas loas al rey Luis XIV. Recién a los 55 años publicó *Historias o cuentos del pasado*, más conocido como *Cuentos de mamá Oca*, primera edición escrita de, entre otros, *Caperucita Roja*. Se trata de uno de los primeros trabajos de recopilación de las historias de tradición oral. A cada relato, Perrault le agregó sobre el final una sentencia o enseñanza moral.



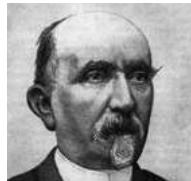
Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

Alemania, 1785-1863 y 1786-1859. Tras egresar de la Universidad de Marburgo, se dedicaron al estudio de la lengua, tanto desde la investigación como desde la docencia. Su gran interés por los cuentos folclóricos se concretó en la publicación de *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812 y 1815), una recopilación en dos volúmenes de antiguos relatos de tradición oral adaptados para niñas y niños, como *Cenicienta*, *Rapunzel*, entre otros.



Miguel de Cervantes Saavedra

España, 1547-1616. Poeta y dramaturgo, es considerado el gran representante de la lengua española y uno de los padres de la novela moderna. En 1605 publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y diez años después su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Las andanzas del hidalgo y su compañero Sancho Panza parodian los relatos de caballería y se convirtieron en un éxito inmediato. Hasta hoy, es el libro más traducido y editado de la historia, solo superado por la *Biblia*.



Carlo Collodi

Italia, 1826-1890. Periodista y autor, escribió novelas y comedias, e ingresó a la literatura infantil en 1875 con *Racconti delle fate*, una traducción de los cuentos de hadas en francés de Charles Perrault. En 1880 comenzó a publicar por entregas *Storia di un burattino* (Historia de un títere) también llamado *Bambinino*, que salía semanalmente en *Il Giornale dei Bambini* (el primer periódico italiano para niños). Esa serie integrará luego *Las aventuras de Pinocho*.

Quiénes cuentan



Horacio Clemente

Argentina, 1930.

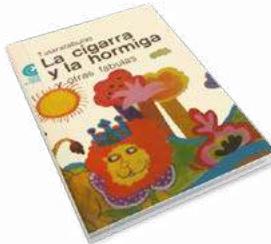
Escritor, periodista, fotógrafo; historietista de *Misterix y Rayo rojo*. Sus cuentos para chicos se publicaron en diarios y revistas infantiles, como *Humi* y en muchas editoriales. En el CEAL escribió para Cuentos de Polidoro, adaptando relatos de *Las mil y una noches*; también participó de la colección Libros del Quirquincho bajo la dirección de Graciela Montes.



Neli Garrido de Rodríguez

Argentina, 1942.

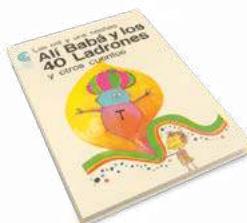
Escritora. Fue titiritera, docente y periodista en diversos medios. Su obra fue distinguida, entre otros, por la SADE (*Leyendas argentinas*) y por la Cámara Argentina de Publicaciones (*100 Cuentos*). Para la colección Cuentos de Polidoro escribió *El príncipe que perdió la risa*, *El hada Globo Azul*, entre otros.



Beatriz Doumerc (Beatriz Barnes)

Argentina, 1929-2014.

Escritora, formada en Bellas Artes. En colaboración con su marido, el ilustrador Ayax Barnes, publicó decenas de libros, principalmente dirigidos a chicas y chicos. En el CEAL escribió para la colección Los cuentos del Chiribitil: *Vuela, Mariquita y Tatarafábulas*; para la colección El mundo encantado de los cuentacuentos; y para la colección los Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *El rey y el leopardo*, entre otros.



Beatriz Ferro

Argentina, s/d-2012.

Escritora, periodista e ilustradora, fue precursora en la edición de libros para la infancia. En Editorial Abril, dirigida por Boris Spivacow, escribió para las colecciones Bolsillitos y Gatito, junto a Héctor Oesterheld (con el seudónimo de Héctor Puyol), Inés Malinow, Pedro Orgambide. Ideó, dirigió y redactó los fascículos de la enciclopedia *El Quillet de los niños*, con ilustraciones de Oski, Enrique Breccia, Ayax Barnes y el diseño de Oscar Negro Díaz. Junto a María Elena Walsh elaboró la *Enciclopedia Veo Veo*, de Editorial Hypsamérica. Estuvo a cargo de las colecciones infantiles de Eudeba y el CEAL, donde dirigió las míticas colecciones del Chiribitil y Cuentos de Polidoro. Fue candidata al premio Hans Christian Andersen en 2008.



Cristina Gudiño Kieffer

Argentina, 1946.

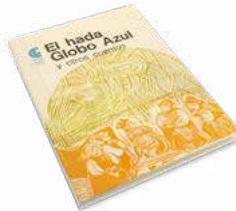
Vive en Buenos Aires. Es autora de cuentos para chicas y chicos y colaboró en la redacción de enciclopedias infantiles. Sus relatos fueron publicados en la Argentina, España y México. En el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro, adaptó y escribió: *La tierra ya está hecha*, *Teseo y el Minotauro*, *Pandora*, *Las aventuras de Ulises*, *La flecha mágica*, y la serie de *Don Quijote*, entre otros.



Inés Malinow

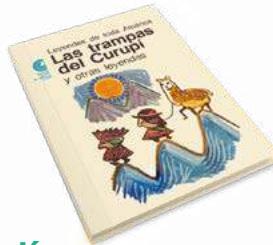
Argentina, s/d.

Escritora. Estudió Letras, dictó talleres de escritura, publicó poesía y narrativa. Cuenta con una vasta trayectoria en el ámbito infantil. Para la colección Bolsillitos de la Editorial Abril, creó las series Cucucito, Escamita, Inosito y Pepe Bolsillitos. En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *Pinocho en el país de los juguetes*; *Pinocho y la ballena*; *Pinocho, el gato y la zorra*, entre otros.



Beatriz Mosquera

Argentina, 1940. Vive en Buenos Aires. Escribió para la infancia: *Los cuentos del abuelo*; *Rulo y Pelusa*; *Hermanitos*; y también en la Colección Polidoro. Sus libros de lectura se publicaron en la Argentina, Perú y Venezuela. Luego se dedicó a la escritura teatral (*El llamado*; *La luna en la taza*; *La irredenta*; *Violeta Parra y sus voces*) y a la narrativa (*Nadie tiene por qué saberlo*, entre otros).



Aurelio Queirolo

s/d. Escritor.

En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*.



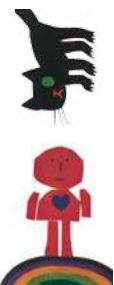
Yalí

(Amelia J. Foresto de Segovia)

Argentina, s/d.

Autora de cuentos para chicas y chicos, publicó *Cuentos infantiles*. Escribió y adaptó muchos relatos que integraron la colección Cuentos de Polidoro del CEAL: *Brita y las nornas*, *El atado de heno*, *El duende de la granja*, *En el país de los gigantes*, *La pajarita de papel*, entre otros.

Quiénes ilustran



Agi

(Magdalena Agnes Lamm)

Hungría, 1914-1996.
Estudió dibujo, pintura, escultura y diseño de modas en Viena. Emigró a la Argentina en 1940. Fue premiada en el Festival Infantil Internacional, por las ilustraciones de una versión en italiano de *La Sirenita*. En Editorial Abril, participó en la colección Bolsillitos y el Diario de mi amiga. Fue muy reconocida también por sus artesanías, muñecas y tapices inspirados en el arte de pueblos originarios del noroeste argentino.

Chacha

(Sara Amanda Conti)

Argentina, s/d-1984.
Hermana mayor del historietista Oski. Artista plástica, ilustró cuentos para varias colecciones, entre otras: Bolsillitos y Gatito en Editorial Abril. En el CEAL: Los cuentos del Chiribitil, donde dibujó *Los zapatos voladores*, de Margarita Belgrano; *Viaje al País de los Cuentos*, de Graciela Melgarejo; *Chavukú*, de Sofía Laski. También ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *En el país de los gigantes*, *Brita y las nornas*, *El espíritu del bosque*, *El atado de heno*, entre otros.



Ayax Barnes

Ayax Barnes

Argentina, 1926-1993.
Dibujante e ilustrador. Si bien la mayor parte de su tarea se concentró en libros infantiles, elaboró también afiches, papelería, envases y arte de discos. Trabajó en dos colecciones fundantes de la literatura infantil de América Latina: Cuentos de Polidoro y Los Cuentos del Chiribitil, y en la enciclopedia El *Quillet de los niños*, dirigida por Beatriz Ferro. Junto a su compañera, la escritora Beatriz Doumerc, publicó más de veinticinco obras, entre ellas *La línea*, que recibió el premio Casa de las Américas en 1975. Creó, junto a Beatriz Ferro y Oscar Díaz, el logo del elefante para la colección del CEAL.

Ignacio Corbalán

Argentina, 1931-1999.
Artista plástico y fotógrafo. Se formó en el taller de Demetrio Urruchúa y luego en fotografía y diseño. Realizó producciones fotográficas para diversas editoriales. En el CEAL, tanto en los libros infantiles como en las colecciones para adultos, hizo innumerables fotografías y portadas, como la serie Encuentro; y la colección Mi país, tu país; entre otras. Fue coautor, junto a Fermín Chávez y María Inés Duke, de muchos ejemplares de la serie La Historia Popular: Vida y milagros de nuestro pueblo.

Amalia Cernadas

Argentina, 1939.
Vive en Buenos Aires. Se dedicó intensamente a la literatura infantil como ilustradora. En el CEAL fue editora de arte y también dibujó algunos libros de la colección Cuentos de Polidoro: *Los dioses campeones*, *La selva del Yast-Yateré*, *El árbol de la luna*, *El cuento de la noche*, entre otros.



Gioia Fiorentino

s/d. Ilustradora, artista y escenógrafa. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*, entre otros.





Marta Gaspar

Argentina, 1938.

Desde mediados de los 70 vive en Europa. Artista plástica, comenzó a pintar siendo muy joven; su primera muestra fue en 1963 en Rosario. Realizó exposiciones en Nueva York, y ciudades de Italia y Francia; con su marido Napoleón (Antonio Mongiolo Ricci) expuso Mon cirque à moi, en París en marzo de 2012. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La cigarrilla y la hormiga, La zorra y las uvas, El rey y el leopardo*, entre otros.



Alba Ponce

Argentina, s/d. Grabadora. Entre otros, ilustradora de: *Poemas para niños*, de Elsa Bornemann, de la Colección Pétalos; *Poesía infantil. Estudio y antología*; y en el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro: *El hada Globo Azul, El príncipe que perdió la risa, Meñique*, entre otros.

Oscar Grillo

Argentina, 1943.

Vive en Londres. Artista plástico, ilustrador y dibujante de historietas. Estudió en la entonces vanguardista Escuela Panamericana de Arte y publicó por primera vez en la revista *Tía Vicenta*. Realizó ilustración editorial, publicidad y cine. Desde fines de los 60 trabaja en animación: junto a Ted Rockley fundó Klacto Animations donde produjo cortometrajes y comerciales; colaboró en televisión (*Popeye*) y participó en superproducciones como *Toy Story* y *Men in Black*.

Napoleón

(Antonio Mongiolo Ricci)

Argentina, 1942.

Vive en Francia.

Artista plástico y dibujante. Comenzó a publicar a fines de los 50 en *Tía Vicenta* y más tarde en *Leoplán, Adán, Noticias, Satiricón*. Radicado desde 1976 en Europa –donde cambió su seudónimo por Napo–, desarrolló una intensa actividad como humorista e ilustrador en importantes editoriales y publicaciones en Francia, Alemania, España e Italia. Además, realizó exposiciones individuales y colectivas en diversos países europeos y Estados Unidos.



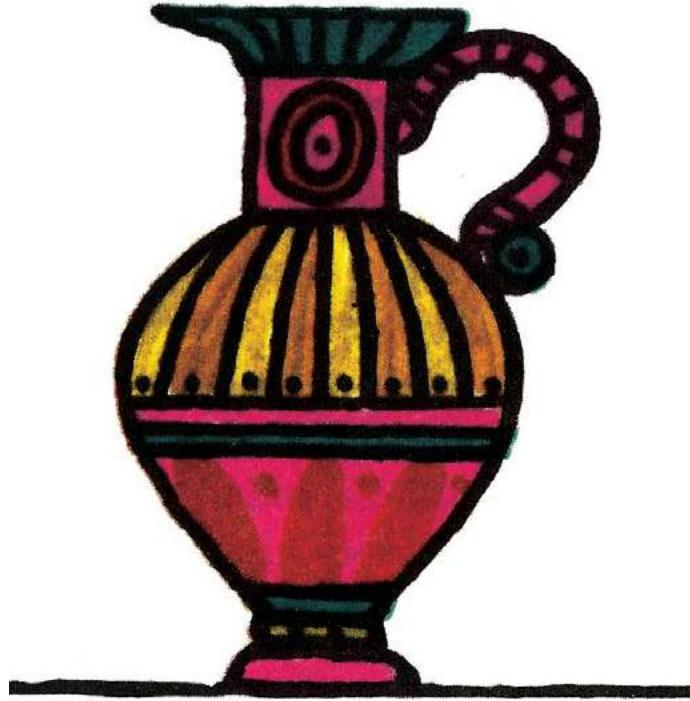
Hermenegildo Sábat

Uruguay, 1933. Vive en Buenos Aires. Artista plástico, docente, caricaturista. publicó libros de pintura, música, literatura, actualidad argentina e internacional, y realizó numerosas exposiciones. Su trayectoria ha sido distinguida con importantes premios, entre ellos Personalidad Emérita de la Cultura Argentina; el María Moors Cabot al periodismo, de la Universidad de Columbia, Nueva York; el Premio Nacional Pedro Figari de Pintura, en Uruguay; y Premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano dirigida por Gabriel García Márquez.

Ruth Varsavsky

Argentina, 1921-2011.

Estudió en la escuela Manuel Belgrano y en la Prilidiano Pueyrredón; después, unos años en el taller de escultura de Cecilia Marcovich, donde conoció a su marido, Oscar Conti, Oski. La pareja compartió la pasión por el arte con sus grandes amigos León Ferrari y su mujer Alicia. En Editorial Abril trabajó para las colecciones Bolsillitos y Gatito. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La pajarita de papel, Las alas de Bolita*, entre otros. Dibujó también el libro *Zoo loco*, de María Elena Walsh.



Pandora

MITOS GRIEGOS

Adaptado por: Cristina Gudiño Kieffer

Ilustrado por: Ayax Barnes



¡Qué lindo país era Tesalia!

Estaba surcado por ríos plateados y adornado con montañas enormes y majestuosas. En la cumbre de la más alta de las montañas, había una ciudad maravillosa. Sus casas eran de bronce y sus avenidas estaban bordeadas de nubes.

Era el Olimpo, la ciudad siempre acariciada por el Sol y nunca castigada por el viento.

Allí siempre había movimiento y ruido: fiestas, reuniones, discusiones.

Solo de vez en cuando, algunos minutos de reposo y tranquilidad.

¿Por qué? Porque sus habitantes, que se llamaban los Olímpicos, eran todos dioses.

Y no había ninguno de ellos que no fuera a veces divertido
y a veces también renegón.

Conversando y tomando un dulce vinito, llamado néctar,
pasaban agradablemente los días y las noches.

Como toda ciudad organizada, aquella también tenía
un rey: Zeus.

Entre todos los habitantes del Olimpo el rey se distinguía
por ser muy curioso. Más curioso que todos los dioses juntos.
Constantemente estaba tratando de ver lo que pasaba
en todas partes: no se le escapaba nada.

Así fue como un día, observando las praderas de Tesalia,
donde el Hombre vivía tranquilo, trabajando, pensó Zeus:

–¡Qué solo está el Hombre! ¡Qué solo y qué aburrido!
¡Haré algo inmediatamente!

Llamó con voz de trueno a los otros dioses y les dijo:

–¡El Hombre está solo! ¡Yo creo que ha llegado el momento
de mandarle a Pandora!

–¿Pandora? –preguntaron todos sorprendidos–. ¡No la
conocemos!

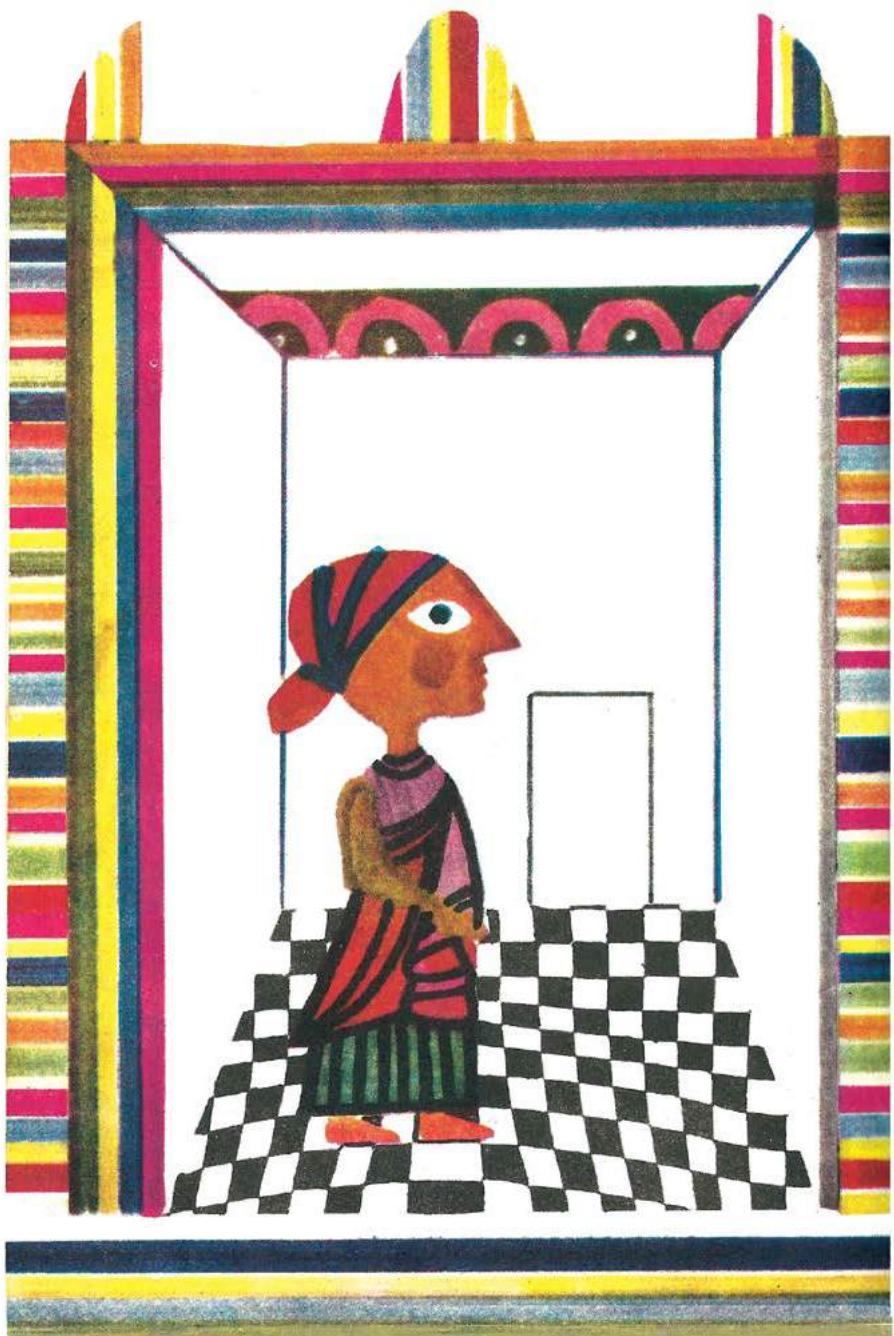
–¡Es una sorpresa! –exclamó Zeus–. ¡Miren, les presento
a Pandora!

Y les mostró una hermosa muchacha, graciosa como un jilguero.

–Además –continuó diciendo Zeus–, ordeno que cada uno
de ustedes le haga un regalo, para que lo lleve consigo
a su futuro hogar, al lado del Hombre.

ZΣUS





Enseguida se dispusieron los dioses para la gran tarea y... Afrodita, que era la diosa del amor y de la belleza, le puso reflejos dorados en los cabellos y le dio suavidad de seda en la piel, dejándola más hermosa que nunca.

Artemisa, la mejor cazadora del Olimpo, le dio juventud eterna y agilidad para saltar y correr. Febo le dio una mirada pura y simpática y el poder de calmar con su canto a los furiosos.

Atenea le dio inteligencia, astucia y capacidad para comprender todas las cosas.

Hera, la esposa de Zeus, le otorgó el don de la fidelidad y le enseñó a cuidar y ordenar el hogar. Las Gracias, que eran tres pequeñas diosas, muy bonitas y muy alegres, le dieron clases de canto y baile durante toda la tarde.

Ceres, la diosa de la agricultura, le dio el amor a los árboles y las plantas.

Momo le dio la risa.

Pluto le dio riquezas prodigiosas.

Pandora se fue convirtiendo poco a poco en un ser resplandeciente de virtudes, en un ser que conocía de todo, en un ser que sabía ser feliz y hacer felices a los demás.

Pero todavía faltaba Hermes, el mensajero de los dioses en el Olimpo.

La gran velocidad que tenía para ir de aquí para allá, lo había convertido en el único dios capaz de hacer los mandados con rapidez.

Y pensó que el mejor regalo que podía hacer a Pandora, era facilitarle un hermoso paseíto por el cielo.

Lustrando las alitas de sus sandalias y poniéndose su casco alado, le dijo a la bella muchacha:

—¡Ven, vamos a volar entre las nubes!

La alzó en sus brazos y volando, volando, fue con ella a las praderas de los ríos de plata...

Y se la entregó al Hombre.

¡Este jamás había visto una criatura tan maravillosa!

Además de ser linda y simpática, sabía jugar y estaba siempre dispuesta a trabajar.

Enseguida se hicieron amigos.

Estaban juntos durante el día y durante la noche, y cuando se separaban, se extrañaban mucho.

Tan grande fue la influencia de Pandora, no solo en el Hombre, sino en la región entera de Tesalia, que todo cambió.

La sonrisa del Hombre se hizo más feliz.

El agua corría más contenta y más saltarina y juguetona por el cauce del río.

Los pájaros tenían los colores del arco iris y las mariposas cantaban mientras trabajaban de flor en flor.

Las ardillas zapateaban al mismo tiempo que recogían sus nueces.

Y los lagartos le sonreían al Sol entre las piedras.

En cambio, en el Olimpo, todo seguía igual.

Zeus, como siempre, mandaba, ordenaba y... curioseaba.

Y como era él tan curioso, se le ocurrió:

—Todas las mujeres son curiosas. Me gustaría ver si Pandora no lo es también.





Llamó a Hermes y le ordenó:

—Toma este cofre, llévaselo a Pandora y déjaselo en su casa.

Pero, eso sí, ¡prohíbele terminantemente de mi parte que lo abra!

Hermes lustró nuevamente las alitas de sus sandalias y voló hacia la Tierra, cumpliendo con lo que le había encargado Zeus: le entregó al Hombre el cofre, porque Pandora no estaba en aquel momento en casa.

Antes de partir le encomendó:

—¡Prométeme que no lo vais a abrir por nada del mundo!

El Hombre, que sabía que los dioses eran exigentes y vengativos, ¡le prometió firmemente que ni siquiera lo iba a mirar!

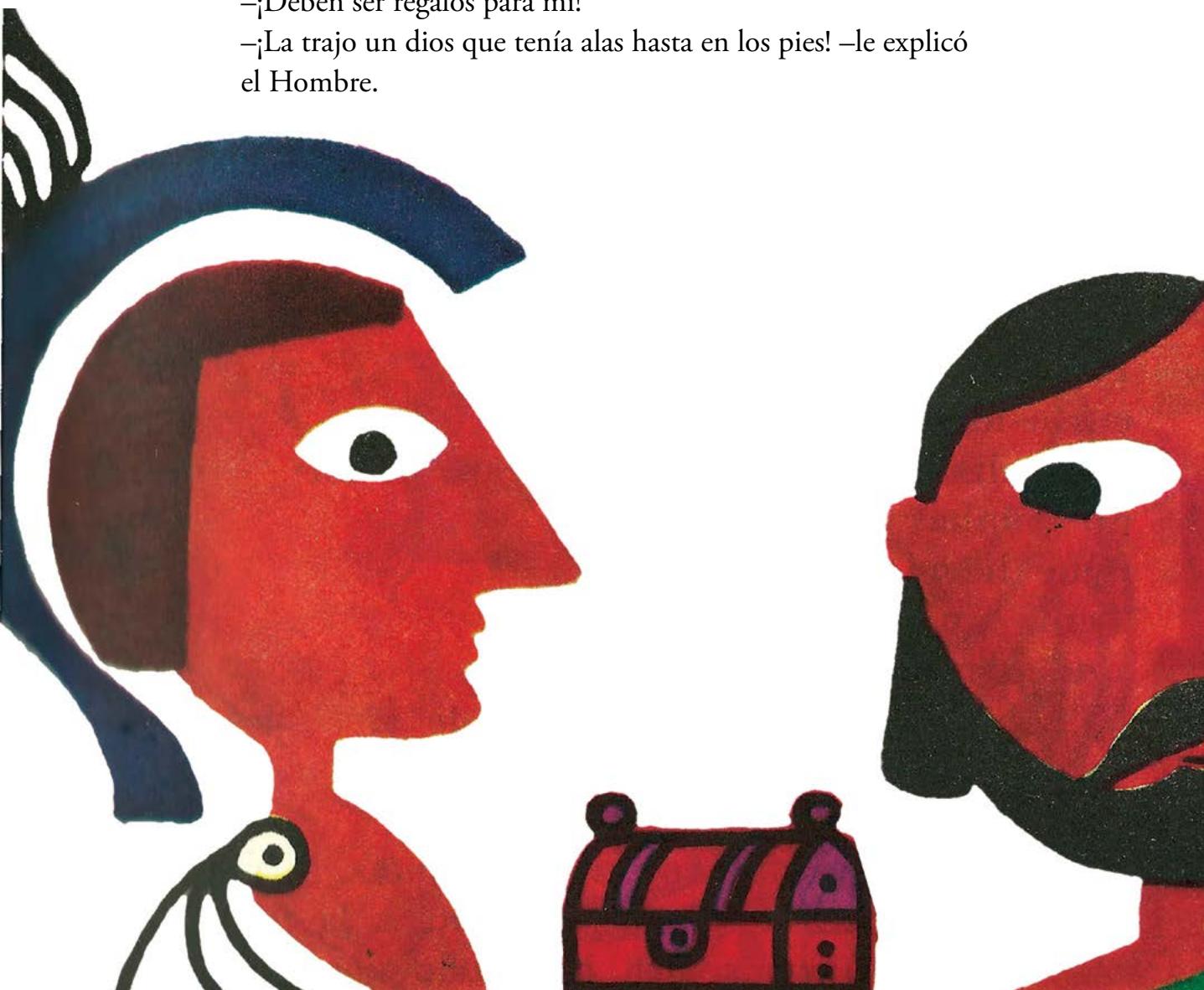
Así, pues, Hermes se volvió satisfecho al Olimpo.

Pero al poco tiempo llegó Pandora al hogar y vio inmediatamente el obsequio.

Cuando vio el cofre por primera vez, gritó fuera de sí de contenta:

—¡Deben ser regalos para mí!

—¡La trajo un dios que tenía alas hasta en los pies! —le explicó el Hombre.



—¿Alas hasta en los pies? ¡Debe haber sido Hermes!

¡Vamos a abrirlo, a ver qué contiene!

—¡No! ¡Los dioses nos han prohibido abrirlo! ¡Olvídate de ese cofre y vamos a pasear!

—¿Entonces no podemos saber lo que contiene? —sollozó Pandora desilusionada.

—¡Claro que no! ¡Tenemos que olvidarnos de que existe!
Pasaron los días y Pandora no podía dormir de curiosidad y de intriga.

Pero disimulaba y solo se acercaba al cofre cuando estaba sola.
¡Qué hermoso era!

Tenía una cerradura chiquitita y una llave de oro que parecía de juguete.

Y sobre la tapa había dibujos de todos los colores imaginables...
¡Además, el cofre... hablaba!...

Sí, hablaba con mil vocecitas distintas.

Cuando Pandora acercaba su orejita a la tapa, se oía un rumor que se iba aclarando poco a poco y que parecía decir:

—¡Déjanos salir, Pandora! ¡Seremos tus amigos y te enseñaremos a volar! ¡Déjanos salir!

Después de oír aquello, Pandora soñaba.

Soñaba que al levantar la tapa del cofre saldrían de su interior una multitud de hadas de alas transparentes que la llevarían volando hasta las nubes.

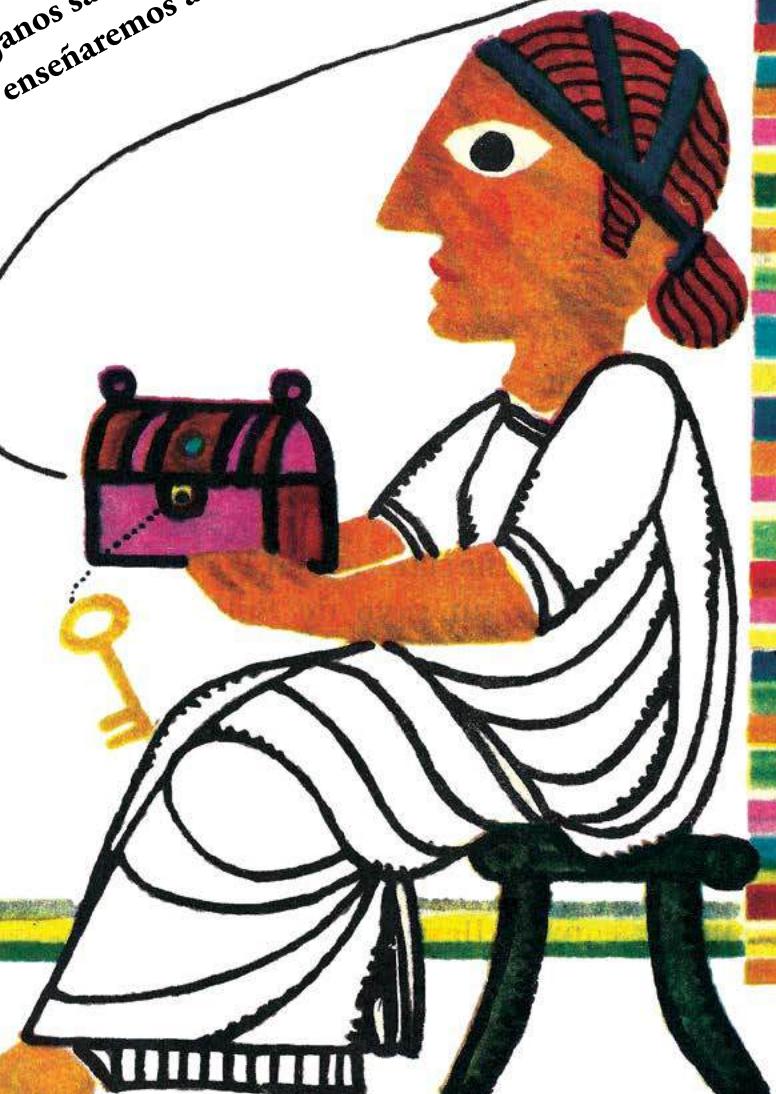
¡Que le enseñarían a hablar con las flores y a caminar por un rayo de Sol!

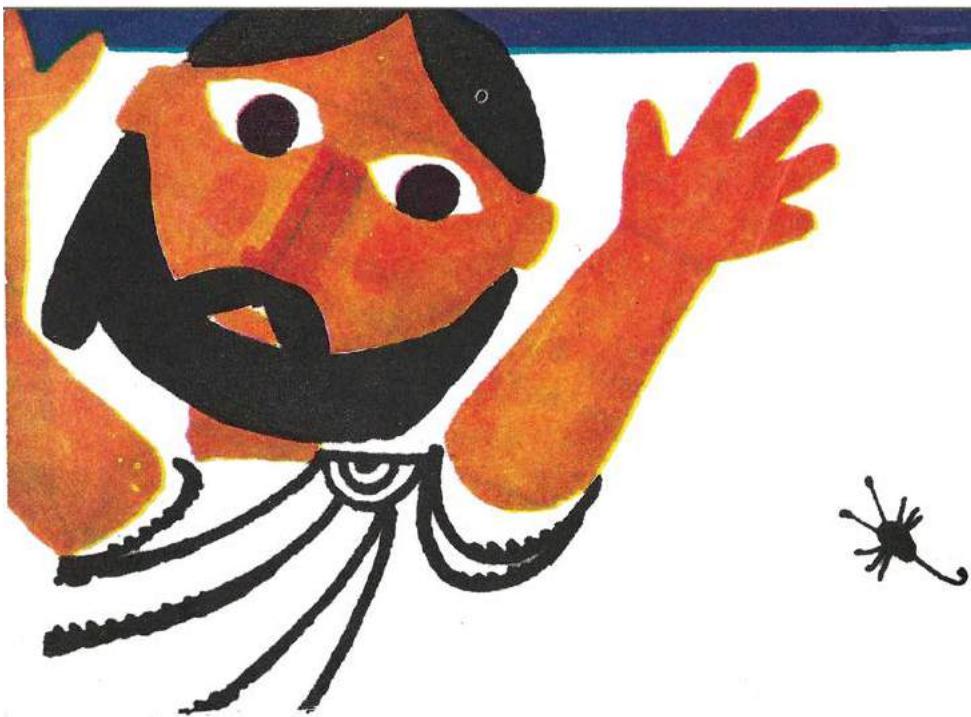
¡Que le mostrarían cómo cae la lluvia, y que le contarían miles, millones, de otros secretos!

Pandora no podía ya recuperar la tranquilidad.



—¡Déjanos salir, Pandora! ¡Seremos tus amigos
y te enseñaremos a volar! ¡Déjanos salir!





La curiosidad había entrado en ella y no la dejaría en paz ni un solo momento.

Una mañana, estando Pandora sola, se puso a jugar con la llavecita.

Tanto jugó y dio vueltas con ella en la cerradura... ¡que de repente la tapa se levantó un poquito...!

Asustada y ansiosa, Pandora se dijo a sí misma, muy bajito:
—¡Espiáré lo que tiene, y luego cerraré enseguida! ¡Total, nadie se dará cuenta!

En el mismo instante en que iba a levantar la tapa, el Hombre, que acababa de entrar, le advirtió asustado:
—¡No abras, Pandora!

Pero era ya demasiado tarde.
¡La tapa se había levantado completamente y una nube negra,
acompañada de un gran clamor, se elevaba del cofre
y se extendía, cubriendolo todo!
La luz del Sol desapareció.
Una enormidad de bichos minúsculos y repulsivos llenó
la habitación.
Uno de ellos le clavó un agujón en la frente al Hombre,
y este supo por primera vez lo que era el dolor.
Se oyeron nuevamente las voces que antes oía como lejanos



y tentadores susurros, pero que ahora decían con voz de trueno
terribles verdades:

—Yo soy el sarampión.

—Y yo soy los zapatos que aprietan.

—Yo me llamo dolor de muelas.

—Y yo me llamo tristeza.

Así se fueron presentando todos los males.

¡Estaban los celos, negros y despeinados; la ingratitud,
con un gesto amargo en el rostro; la apatía, toda vestida de gris;



-Yo soy el sarampión.
-Y yo soy los zapatos que aprietan.
-Yo me llamo dolor de muelas.
-Y yo me llamo tristeza.



la incertidumbre, con los ojos vendados...! ¡Y la envidia, y el dolor de cabeza, y el hambre, y el aburrimiento, y el resfrío, y la alergia, y miles y miles de enfermedades y desgracias más, que habían invadido la hermosa Tesalia para siempre...!

Pandora sentía que su corazoncito se ahogaba de pesar y de arrepentimiento.

¡Por su curiosidad y su imprudencia, la Tierra, que antes no tenía problemas, estaba ahora plagada de los mayores males y las mayores desdichas!

¡Y para colmo alguien hablaba todavía dentro del cofre! Alguien, que decía:

—¡Abre, Pandora, y esta vez no te arrepentirás de lo que haces!
Pandora ya no se animaba.

Miró al Hombre, como pidiéndole consejo.

Pero el Hombre estaba muy preocupado con su dolor de cabeza, y no le hizo caso.

Así que Pandora se decidió sola y levantó, temblando, la tapa del cofre.

¡Y menos mal!

Porque del fondo del cofre salió una figurita radiante, que se presentó diciendo:

—¡Soy enemiga de los males!

Tocó la frente al Hombre y le sacó el dolor de cabeza.

Y también le quitó un buen peso del corazón a Pandora.

Hizo entrar de nuevo al Sol y sopló por todos los rincones para hacer que desapareciera todo resto de la nube negra de males.

Y, en efecto, todas las preocupaciones, todos los dolores, achaques y molestias, corrieron a esconderse cuando vieron que volvía la luz.





—¡Quién eres? —preguntaron Pandora y el Hombre, encantados, a la alegre figurita radiante.

—Soy la Esperanza —contestó ella, con una sonrisa—. Y me voy a quedar para siempre con ustedes, para que no estén solos frente a los males.

Y la Esperanza se convirtió en la compañera ideal de Pandora y el Hombre; nunca más abandonó la Tierra. Hasta hoy, la Esperanza sigue aquí, en la Tierra, muy cerquita de todos nosotros.





La Tierra ya está hecha

MITOS GRIEGOS

Adaptado por: Cristina Gudiño Kieffer

Ilustrado por: Ayax Barnes



Todo negro, todo sucio, todo mezclado y todo feo.

Así era el reino del Caos.

En aquel mundo, el Cielo y la Tierra estaban bien revueltos
y mezcladitos.

Como no había luz, no se veía nada.

Y tampoco se podía caminar muy bien, porque las montañas
se interponían a cada momento.

Y los arroyos jugueteaban caprichosamente por donde
se les ocurría.

Mientras todo era así, o sea mientras el Caos reinaba,
nadie estaba cómodo. Y menos la Naturaleza,
que era el orden en persona.



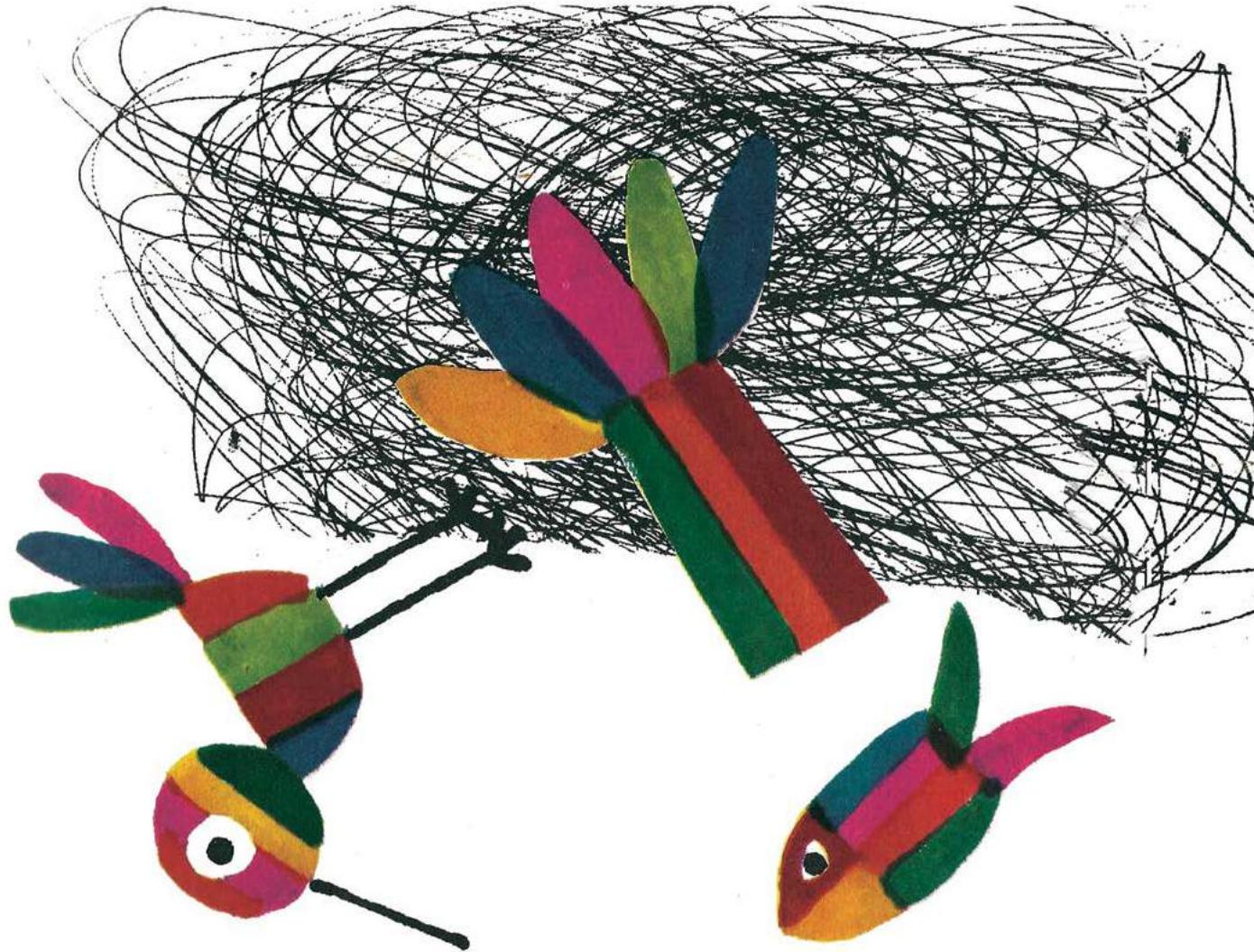
Ella, que siempre soñaba cosas lindas, no podía ver nada que estuviera en desorden.

Soñaba que el Sol se levantaba y se acostaba temprano, que los peces se quedaban en el agua haciendo burbujas, y que el aire se ponía bien transparente y fresquito.

¡Pero todo era un sueño!

Y por eso, porque el Caos era desordenado y desprolijo y porque la Naturaleza era ordenada y limpia, siempre estaban peleándose.





—¡Un lugar para cada cosa! ¡Y cada cosa en su lugar! —chillaba la Naturaleza.

—¡Déjame tranquilo! ¡Soy desordenado porque me gusta y no me importa nada de nada! —le contestaba el Caos, gritando.

—¡Cabeza dura!

Pero la Naturaleza estaba cansada, realmente cansada.

—¡Voy a poner orden en este mundo! —gritó—. ¡Y se acabarán para siempre los líos!



Como sabía que el Caos era muy poderoso y muy fuerte,
fue a pedir ayuda a los gigantes, que estaban siempre juntos.
No porque se quisieran demasiado, sino porque así era
más cómodo.
Como “gigantes” les parecía una palabra muy vulgar,
se hacían llamar Titanes. Y así se sentían más importantes.



La Naturaleza golpeó en la puerta y los gigantes corrieron a abrir.

Cuando vieron que era ella se pusieron muy contentos, contentísimos, porque casi todo el mundo les tenía miedo y nadie los visitaba.

—¡Qué suerte que viniste! —gritaron.



—Ay! —exclamó la Naturaleza—. ¡Yo quisiera que esta fuera una visita de cortesía, pero la verdad es que vengo a pedirles ayuda!
—¡Lo que quieras! —dijeron los gigantes.





—Bueno, verán: como ustedes saben, en el mundo reina el Caos. Y es tan malo, tan desordenado y tan terco, que todo está por allí patas arriba. Los pájaros no pueden volar porque no hay aire, el agua está mezclada con el fuego y el aire y el cielo con la Tierra... ¡Este chichón que tengo acá es el resultado de un golpe que me di cuando me caí de un continente! ¡Ayúdenme, por favor, a destronar al Caos y ordenar al mundo!

—¡Te ayudaremos! —gritaron los gigantes.

Y después sortearon para ver a quién le tocaba colaborar con la Naturaleza.

Tiraron la monedita y les tocó a Prometeo y Epimeteo. ¡Qué pareja! Prometeo era el más prudente de todos los Titanes... ¡y Epimeteo el más imprudente!

—Pongo mi prudencia a tu servicio —dijo Prometeo a la Naturaleza.

—Y yo pongo a tu servicio mi... bueno, toda mi buena voluntad —dijo Epimeteo, que no se atrevió a reconocer que era un imprudente.



Y salieron los tres en busca del Caos, dispuestos
a destronarlo.

Cuando llegaron al reino del Caos, el mal olor, la oscuridad
y el alboroto los hicieron tambalear.

Empezaron a trabajar, aprovechando que el Caos estaba dormido.



Los tres empezaron a removerlo todo, y no dejaron de estornudar ni un instante de tanto polvo que levantaron y de tantas cosas que iban cambiando de un lugar a otro. Enchufaron el Sol, que bien instalado dio muchísima luz durante el día.

Colgaron las estrellas y la Luna, para que se diviertan iluminando la noche, que es tan negra.

—¡Queda mucho más lindo que en mis sueños! —suspiraba la Naturaleza, pasando el plumero por el mundo, limpito ya y ordenado.

Terminaron a tiempo. Pues, cuando acababan de encender la última estrellita en lo más alto del Cielo, un enorme bostezo los sobresaltó.

Era el Caos, que se despertaba.

Abrió un ojo y lo cerró, porque no pudo creer lo que veía. Para convencerse, tuvo que abrir los dos.

¡El espectáculo era tan sorprendente!







En lo alto del Cielo, como un verdadero rey, estaba el Sol.
El mar era azul, y toda el agua de los ríos se volcaba en él.
El aire estaba por todas partes, refrescando las plantas,
que crecían lozanas. Los pajaritos cantaban y una nube
de mariposas se puso a dar vueltas alrededor de la cabeza
del Caos, que abría la boca de puro asombro.
—¿Qué significa esto? —consiguió rugir finalmente.



—¡Significa que las cosas son como deben ser! —dijo la Naturaleza, tomando la palabra.

—¡El mundo está muy feo! —gritó el Caos—. ¡No hay viento mezclado con lluvia y fuego, ni oscuridad mezclada con luz, ni ruido, ni alboroto por ninguna parte!

—¡Eso es lo feo! —le replicó la Naturaleza—. ¡El mundo está ordenado ahora y eso significa que has sido vencido!

El Caos no tuvo más remedio que aceptar su derrota. Pidió la jubilación enseguida, pero aún la está tramitando. Y mientras la espera, duerme en el fondo de un volcán apagado.

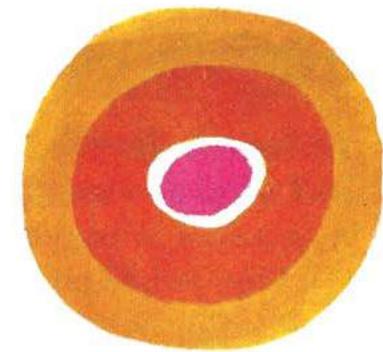
Sin que ya casi nadie se acuerde de él.

La Naturaleza y los Titanes siguieron perfeccionando su obra. Mientras aquella se dedicaba a retocar los últimos detalles, a Epimeteo se le ocurrió dar a cada animal una virtud diferente. Y Prometeo, por su parte, decidió dar una sorpresa a sus amigos y compañeros de trabajo. Una gran sorpresa.

Los animales formaban fila delante de Epimeteo.

Desde el inmenso elefante hasta el pequeño ciempiés, todos estaban allí. Y Epimeteo les daba a cada uno un regalito.





Al tigre la fiereza, que le quedaba muy bien, con su piel a rayas amarillas y negras.

A la araña la paciencia, para tejer aquella tela suya, tan fina y delicada.

Al picaflor la belleza, para que todos lo miraran y pensaran que era como una flor que vuela.

Al ciempiés la constancia, para que se acostumbrara a pasear con todas, todas sus patitas, que eran tantísimas.

Al elefante le otorgó las grandes orejas, para que se abanicara, porque tenía que vivir en regiones calurosas.

Al canguro una bolsita, donde acunar a sus hijitos.

Al perro fidelidad.

Al gato elasticidad.

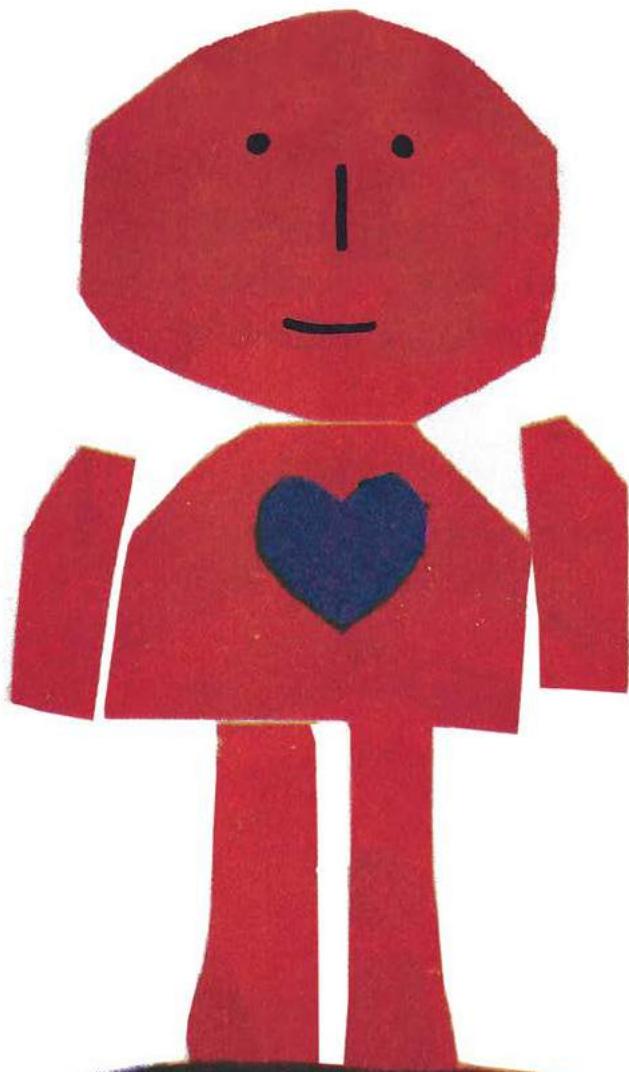
Al murciélagos alitas de paraguas.



Para todos, absolutamente para todos, un regalo particular.
Y cuando se le habían terminado los regalos, llegó Prometeo
con la sorpresa.

¡Pero qué sorpresa!

Porque había inventado algo genial: ¡EL HOMBRE!



No se parecía a ningún animal conocido. ¡No tenía cuatro patas, ni piel cubierta de pelos, ni colmillos feroces!

Pero tenía, en cambio, la cabeza alta y dos ojos luminosos para mirar a lo lejos y a lo alto, para mirar al Cielo.

Y una enorme inteligencia, que lo hacía más fuerte que cualquier animal que hubiera en el mundo.

Y todos celebraron el invento y aplaudieron al inventor.

Pero la que más contenta se puso con la sorpresa de Prometeo fue la Naturaleza, porque desde aquel mismo día el Hombre colaboró con ella para que el Caos no volviera a molestar nunca más.



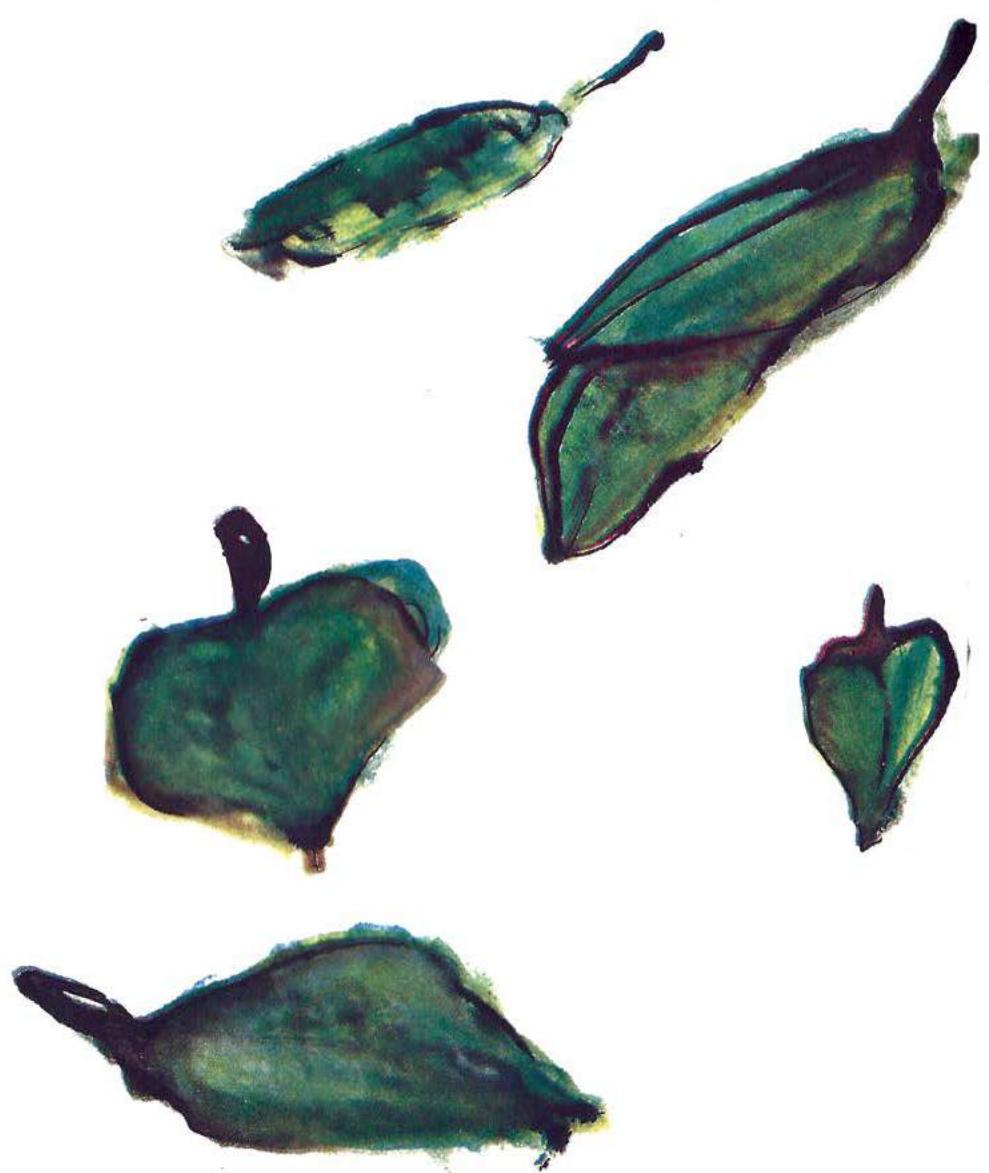


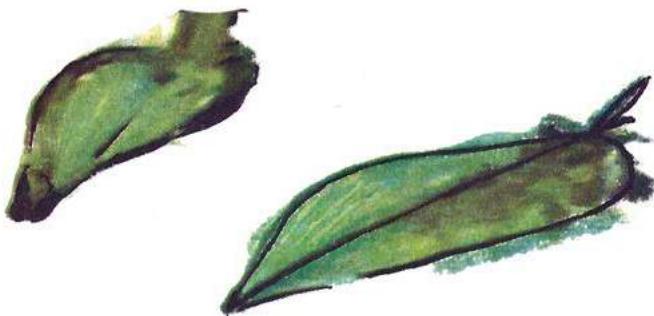
El gigante y el viento

CUENTO DE CANADÁ

Adaptado por: Beatriz Ferro

Ilustrado por: Hermenegildo Sábat





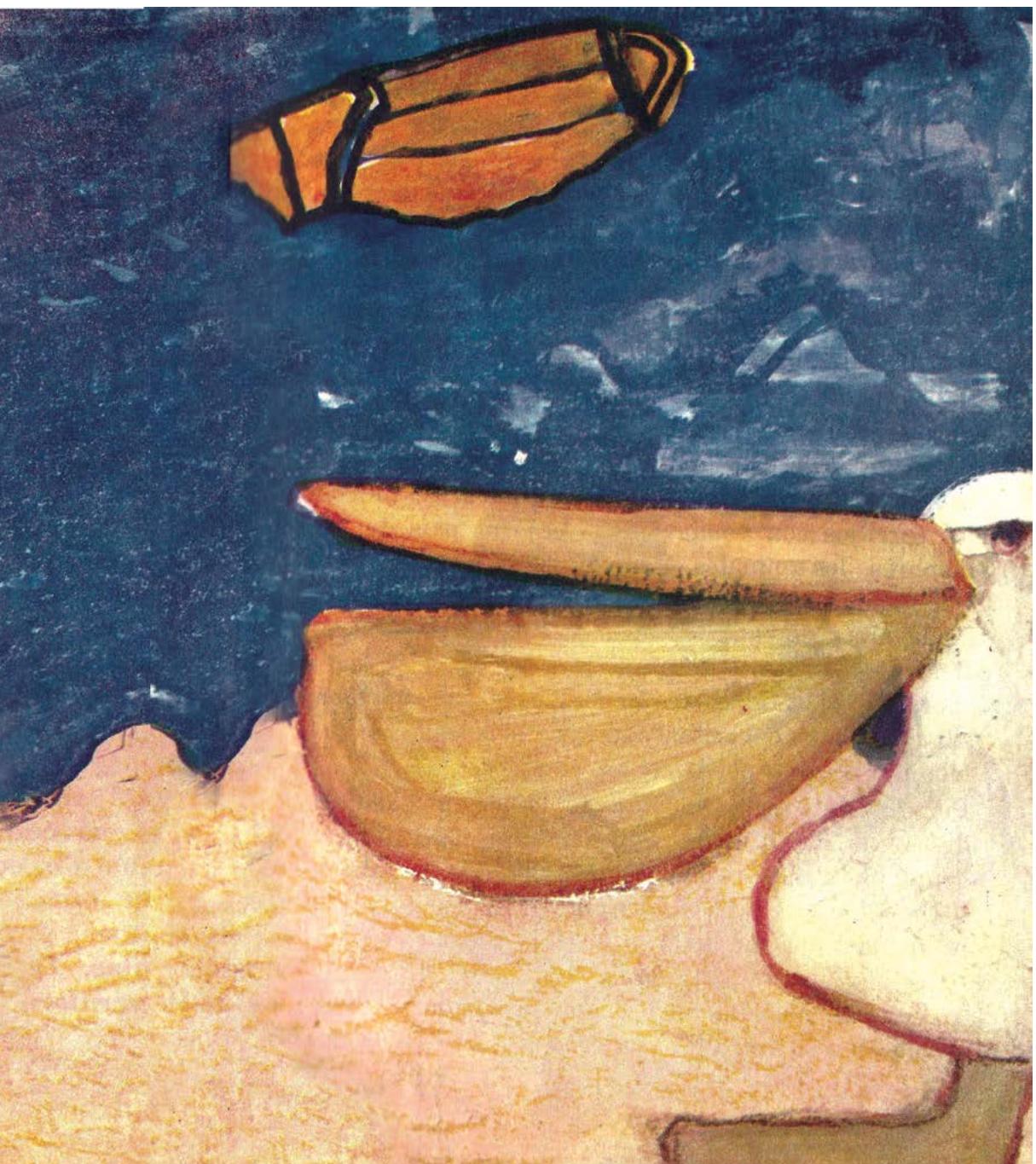
Todo esto sucedió mucho antes de que los hombres blancos llegaran al Canadá, cuando los indios eran aún los dueños de esas tierras, y había lugares misteriosos que se llamaban País de la Noche y País del Sol.

Por ese entonces, en el País de la Noche vivía un gigante malvado; su casa era la Gran Cueva de los Vientos.

Por suerte, salía muy pocas veces de la Cueva de los Vientos, y en la Tierra había tranquilidad y paz. Las olas del mar hamacaban a las canoas y los chicos y las gaviotas jugaban en la playa. El tiempo era sereno, no se movía ni una hoja y en los bosques retozaba el oso. Los ciervos pastaban, los patos se divertían volando por el aire, y el sol iluminaba a todo el pueblo dichoso.

Pero cuando el gigante abandonaba su país y se iba de correrías, las cosas cambiaban... El mar se enfurecía de tal manera que devoraba las canoas y azotaba las costas con el látigo de las olas. Los árboles del bosque crujían y las flores perdían sus coronitas de pétalos.





Los hombres corrían a sus casas y los animales se refugiaban en las cuevas. El gigante llamaba a las puertas, golpeaba en las ventanas, sacudía las paredes de cuero de las chozas y silbaba a la entrada de las cuevas. Entonces todos temblaban: los hombres en las casas, la llamita del fuego entre los leños y el conejo en su matorral.

Un día, el gigante Rey de los Vientos se despertó de peor humor que de costumbre, y decidió arrasar con toda la Tierra.

Se puso la capa de ráfagas y acomodó sobre su cabeza la Corona de Ciclones; después se hinchó los carrillos con vendavales y bajó al país de los hombres, los animales y las plantas.

Por donde pasaba el Rey, rodaban las piedras desde la cima de las montañas y volaban las casas. Destruyó pueblos enteros y en cada lugar, al marcharse, dejó ráfagas desprendidas de su capa que silbaban como vboritas entre los árboles y levantaban torres de polvo en los caminos.

Por fin, satisfecho, el Rey de los Vientos fue a descansar en la orilla del mar. Entonces vio un grupo de niños que jugaban solos en la playa.

—Ustedes tampoco escaparán —les dijo—. ¡Acabo de arrasar con todo y haré lo mismo con ustedes!

Todavía le quedaba una buena provisión de vendavales en el carrillo izquierdo y sopló sobre los niños con toda su fuerza. Pero ellos conocían bien las cuevas de la playa y, rápidos como ratoncitos, corrieron a esconderse en una caverna y taparon la entrada con una piedra muy grande.



El Rey de los Vientos sopló por las rendijas y los dejó a todos despeinados. Sopló hasta arrinconarlos contra la pared del fondo... pero no pudo mover la gran piedra que estaba bien encajada.

Esperó todo el día y toda la noche a que salieran del escondite, pero los niños no salieron.

Entonces gritó, furioso:

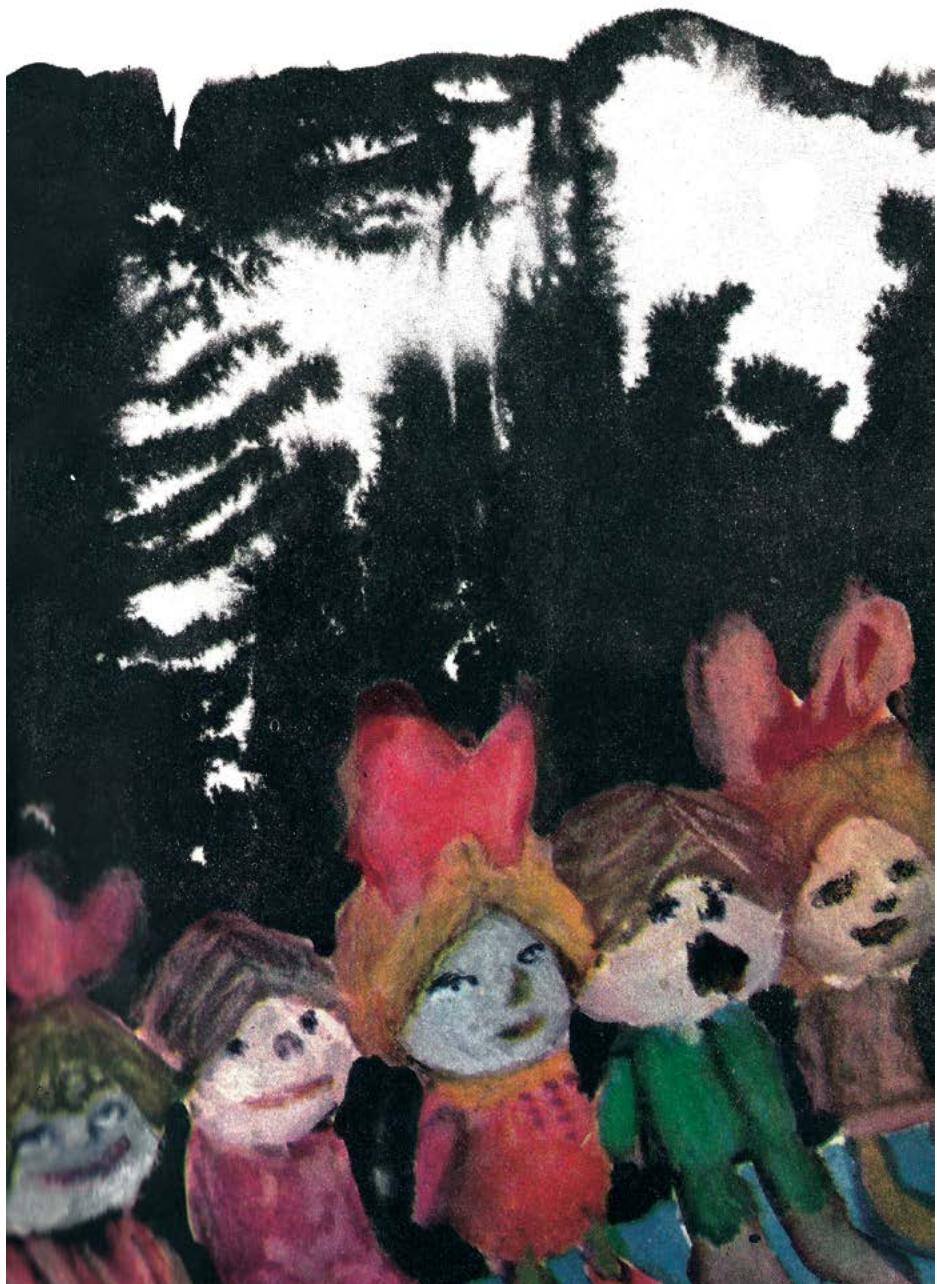
—¡Ya los agarraré, tarde o temprano!

Y regresó volando al País de la Noche.

A la mañana siguiente, los niños salieron del escondite.

Corrieron por la playa y encontraron los nidos de los pájaros marinos deshechos, y las canoas volcadas en la costa. Miraron a su alrededor y vieron árboles desgajados y plantas arrancadas. En el pueblo, a lo lejos, no se divisaba el humo de las chimeneas, porque el pueblo ya no existía.

Los niños pensaron que el Rey de los Vientos volvería muy pronto para terminar también con ellos y corrieron a buscar refugio en lo más espeso del bosque.







Estaban completamente solos y, de allí en adelante, sus únicos amigos serían los árboles; las hojas grandes y tupidas los protegerían del gigante. Y se escondieron en las copas frondosas.

El Rey de los Vientos regresó muy pronto a la Tierra a buscar a los niños. Los buscó por todo el país desde la playa hasta la montaña, pero no pudo encontrarlos. Entonces se dirigió al bosque. Los troncos formaron una barrera a su paso y tuvo que detenerse en el límite del bosque, pero envió a una ráfaga de su capa en busca de los niños.

La ráfaga serpenteó por entre los árboles, trepó por los troncos y por fin encontró a los niños, pero cuando llegó a las ramas donde se habían escondido, estaba tan débil que era apenas un suspiro. Sin embargo, todavía tuvo fuerzas para volver junto al gigante y contarle lo que había visto. El Rey de los Vientos juró que esa vez no lo engañarían. Y se abrió paso arrancando un árbol tras otro. De esa manera, soplando y resoplando, penetró en lo más espeso, levantando remolinos de hojas y escarabajos.

Cuando llegó al árbol de los niños, resopló con furia, pero las grandes hojas verdes se tupieron aún más para proteger a sus amigos, y las ramas agitadas se volvieron contra el Rey y le dieron bastonazos en la cabeza.

Por fin se dio cuenta de que, mientras los niños estuvieran en el bosque, su poder era inútil. Y se marchó de la Tierra jurando vengarse.







No volvió a su palacio, la Cueva de los Vientos; fue directamente al palacio de su amigo, el Rey de los Hielos, y le pidió ayuda.

—Por donde anduve, rompí, arruiné y devoré —explicó a su compañero del País de la Noche—. Solamente se salvaron los niños y esos árboles que protegen a los niños.

—Los árboles... —reflexionó el Rey de los Hielos—. Es difícil hacerlos cambiar de idea. Cuando quieren quedarse en su sitio, hunden sus raíces profundamente en la tierra y cuesta sacarlos.
¡Tienen la cabeza tan dura que parecen todos alcornoques!

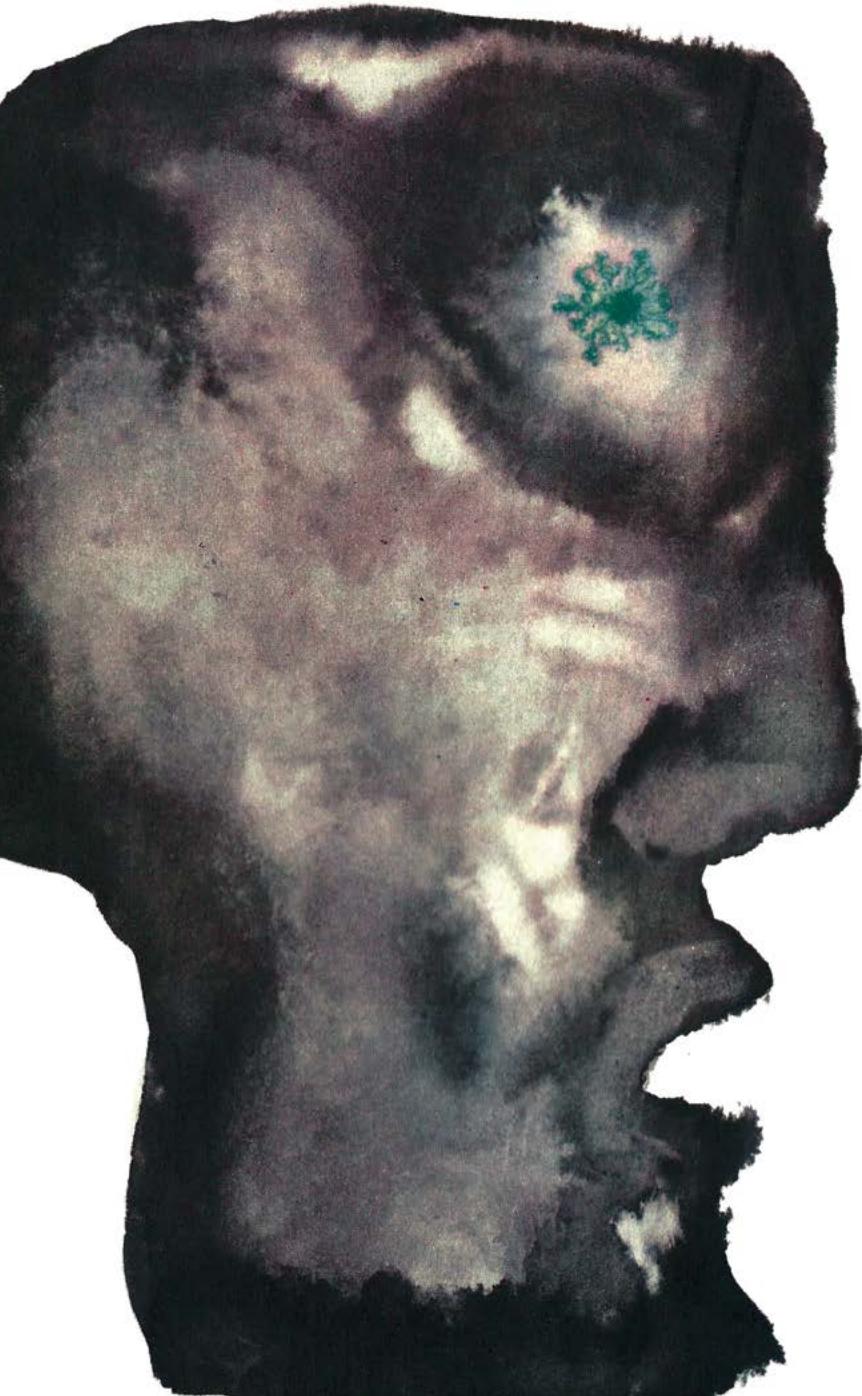
Después de mucho cavilar, los dos reyes se pusieron de acuerdo para hacer el mayor daño posible a los árboles.

El Rey de los Hielos se colocó una corona erizada de puntas heladas, se calzó los guantes de escarcha y las pantuflas de copo de nieve. Luego, bajó a la Tierra y llegó al bosque.

Cuando lo vieron llegar, algunos árboles rieron a carcajadas y exclamaron:

—¡No te molestes, viejo rey, no puedes hacernos ningún daño!







Así hablaron el abeto, el cedro y el pino, que resisten bien al frío y la helada. Pero otros, como el roble, la encina y el álamo, sintieron que se les congelaba el corazón; el Rey de los Hielos tenía gran poder sobre ellos y muy pronto les hizo perder las hojas. Los niños corrieron entonces a refugiarse en los pinos, los abetos y los cedros, que conservaban todo su verdor. Desde las ramas vieron con mucha tristeza que a sus amigos los otros árboles, les arrancaban las hojas, los dejaban desnudos y pelados.

Sin embargo, de todos modos, ellos quedaron a salvo. Esa noche, el Rey de los Hielos y el de los Vientos discutieron el asunto.

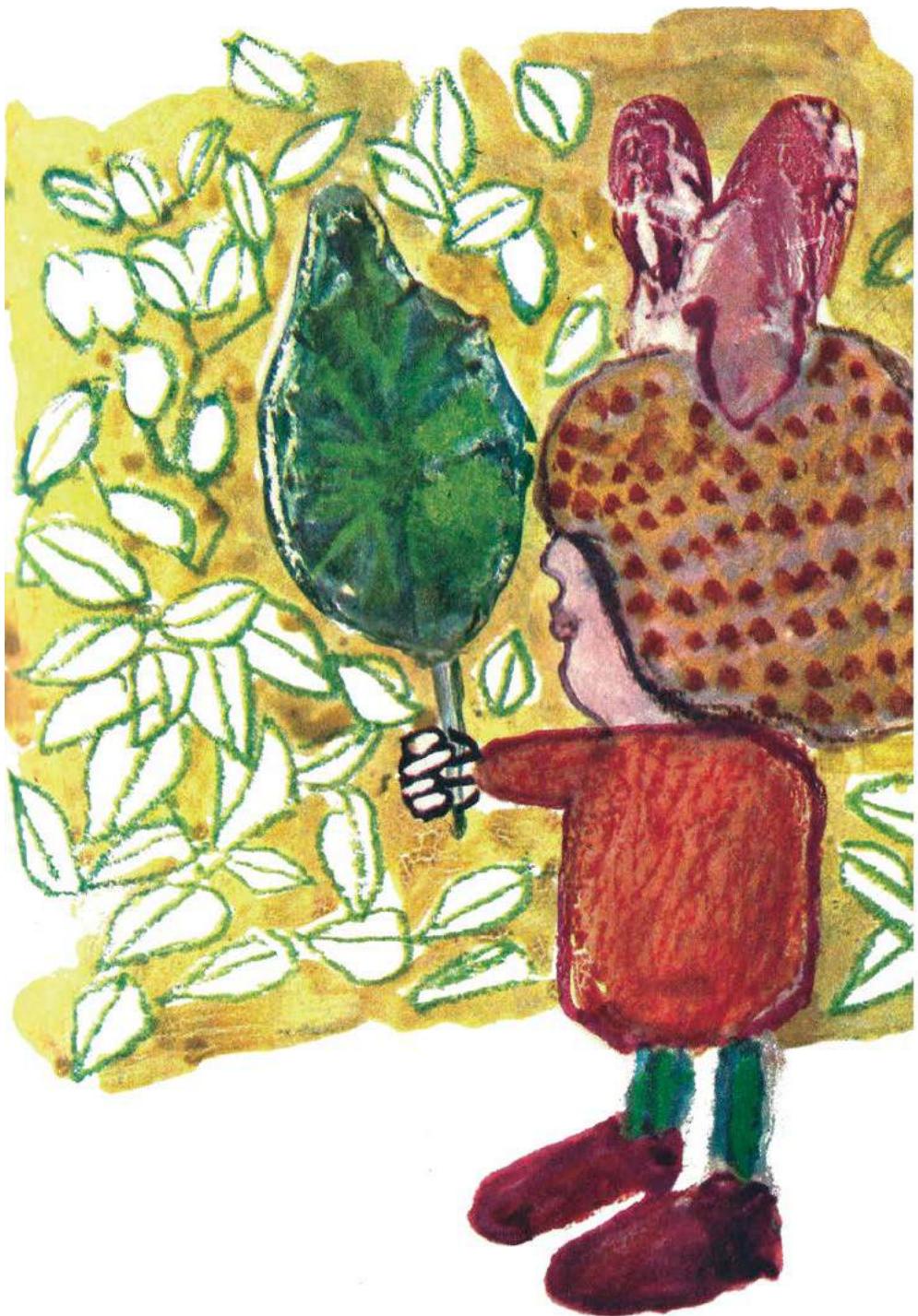
—Olvídate de esos monos blancos que saltan de rama en rama —aconsejó el primero—. Desata tu furia contra cosas más importantes...

—Tienes razón. Me duelen los carrillos de tanto resoplar inútilmente —contestó el otro gigante—. ¡Me conformo con que me hayas ayudado a vengarme de los odiosos árboles!

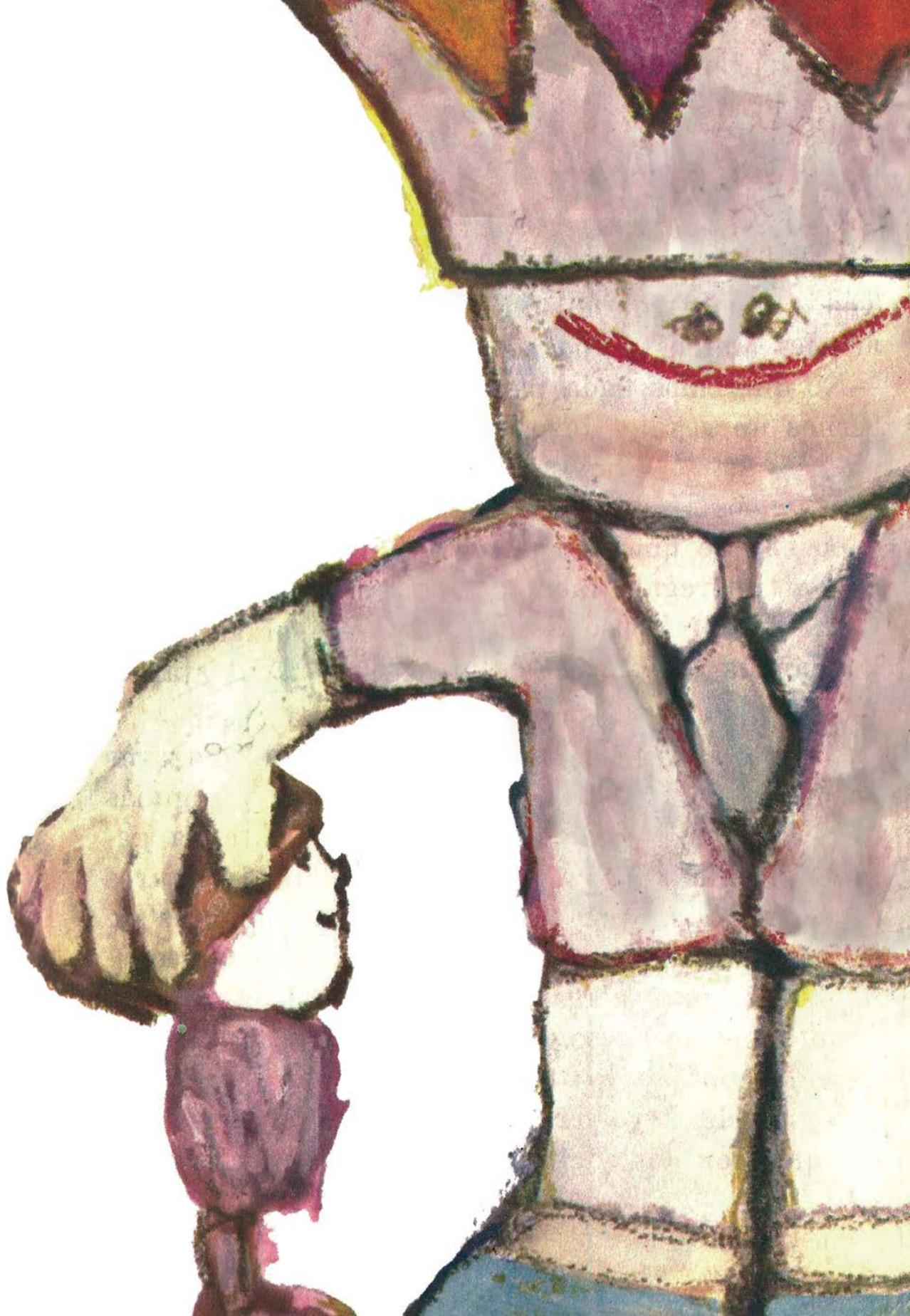
Y ambos se acomodaron, satisfechos, en un sofá de nubarrones.

Por aquellos tiempos, otro personaje abandonaba su casa en las alturas para visitar la Tierra. Habitaba en el País del Sol y se llamaba Glooskap, el bueno.

Una vez al año recorría los países para traer a todos los niños del mundo el regalo que más desearan.







Cuando Glooskap llegó al bosque y encontró a los niños, les preguntó qué deseaban para aquel año. Todos recordaban lo que les había ocurrido a los árboles amigos y todos contestaron lo mismo:

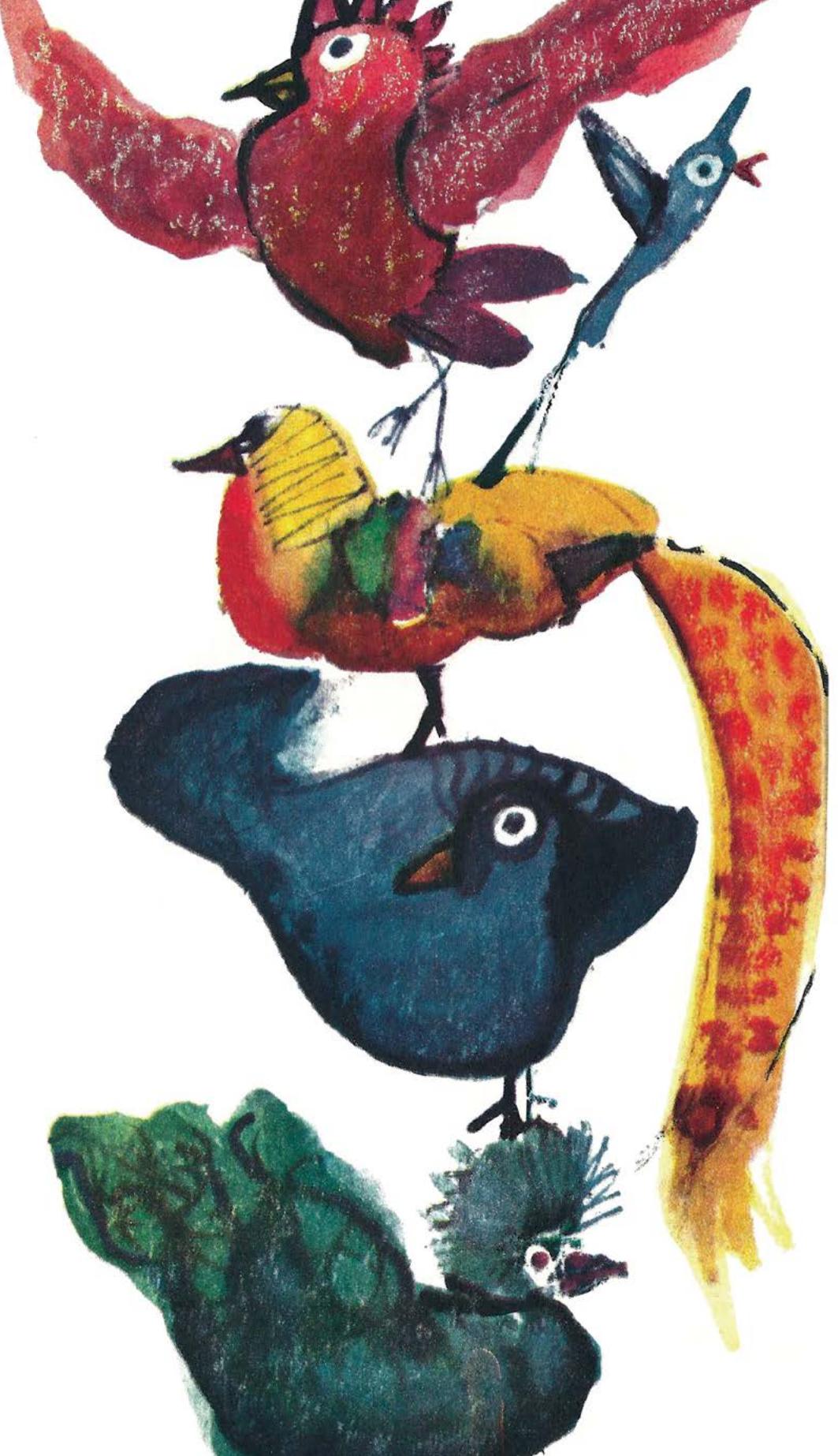
—No queremos nada para nosotros. Si quieres hacernos un regalo, devuelve a los árboles las hojas que les han quitado el Rey de los Vientos y el Rey de los Hielos.

Glooskap se quedó pensativo, muy pensativo. Ese no era un regalo fácil ... ¿Cómo podía complacer a los niños? Pensó desde que cantó el gallo por la mañana hasta que chilló la gaviota, al atardecer. ¡Entonces, de pronto, recordó una cosa!

En la Tierra apenas había pájaros; tan solo aves marinas, como por ejemplo la gaviota, y algunas otras aves útiles al hombre, como el pato, la gallina, el gallo y el pavo. Pero faltaban los pájaros cantores y los que vuelan hasta las cumbres de las montañas y los que construyen su nido pequeño y tibio muy cerca de la casa del hombre.

Recordando todo eso, Glooskap tuvo una gran idea y se la contó a los niños:

—No puedo devolver a los árboles las hojas que les quitaron los gigantes —les dijo, y añadió—: pero puedo hacer algo mejor: transformar todas estas hojas caídas en pajaritos. Cuando el otoño llegue a la Tierra, volarán al País del Sol, donde siempre es verano. En primavera volverán y vivirán entre las hojas de donde han nacido, porque la primavera traerá también hojas nuevas para los árboles, hojas lustrosas y tiernas. Y cuando las vean secarse en otoño, no se apenen: la primavera siempre volverá con hojas nuevas.





Glooskap levantó su varita mágica y las hojas desparramadas por el suelo del bosque se transformaron en una enorme bandada de pájaros.

—Muchos pájaros, con los hermosos colores de las hojas... —susurró Glooskap.

Y hubo petirrojos y tordos con plumas rojas y castañas como las hojas del roble. Aparecieron colibríes y pinzones verdes, tostados y amarillos como las hojas del álamo y el sauce, que volaban



como flechas. Hubo infinidad de pájaros de todos los tamaños y colores, tantos como hojas caídas.

Los niños vieron también un pajarito gris como las hojas del plátano, que se posó en una rama alta y empezó a cantar: era el ruiseñor.

Entonces, los otros pájaros hicieron lo mismo y el aire se llenó de voces.

—Cantarán y cantarán para ustedes —les dijo Glooskap—. Yo les

pido que no les hagan daño: recuerden que son las hojas
que los han salvado de los gigantes.

Y aquellos primeros pajaritos, como nadie les hacía daño,
se acercaron a los niños y se dejaron acariciar.

Después, para que estuvieran a salvo del Rey del Viento
y del Rey del Hielo, los envió al País del Sol, a la gran casa
del Verano.

Y la inmensa bandada de pájaros de todos colores se fue
por el cielo.

—¡Adiós! ¡Adiós! —los despidieron los niños y cuando
los perdieron de vista se entretuvieron silbando e imitando
sus cantos—: ¡Chuik! ¡Chuik! ¡Chirchipío-pío-pío!

Después hicieron muchas preguntas:

—Glooskap, ¿cómo se llamaba el pájaro que tenía plumas
coloradas en el pecho?

—¿Cuál era el más pequeño?

—¿Y el que vuela más alto?

—¿Pondrán huevos de colores? ¿Tendrán pichones?

Glooskap el bueno contestó a todas las preguntas
y por fin les recordó:

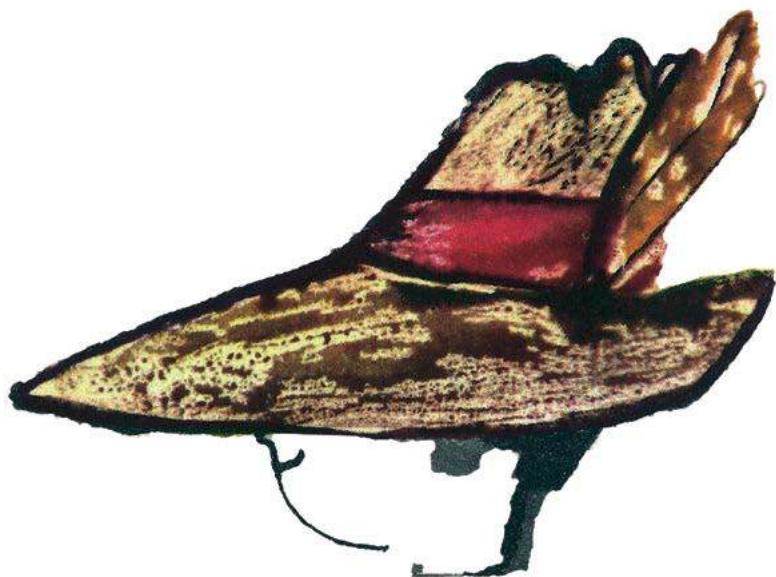
—Volverán cuando termine el invierno; espérenlos
como me esperan a mí. ¡Los pájaros y yo nos vamos
pero volvemos siempre!

Así se despidió, porque en otros lugares muchos niños
estaban esperándolo.



También volvieron los hombres, aunque el Rey de los Vientos los haya arrojado muy lejos de su pueblo y haya destruido sus chozas de cuero. Volvieron los jóvenes y los viejos, levantaron casas y encendieron el fuego. Volvieron los papás y las mamás y recorrieron la playa y el campo hasta que por fin, en el bosque, encontraron a sus hijos.

Y la primavera siguiente, cuando llegaron los pájaros, encontraron muchos buenos lugares donde posarse para cantar: los techos de las casas, los remos de las canoas y las cabezas y los hombros de sus amigos, los niños.



Juan y la planta de habas

CUENTO DE INGLATERRA

Adaptado por: Beatriz Ferro

Ilustrado por: Hermenegildo Sábat



Juan no tenía ganas de levantarse al amanecer para ordeñar la vaca. Pero todos los días se levantaba al amanecer y ordeñaba la vaca porque así se lo había ordenado su mamá.

Tampoco tenía ganas de ir con dos baldes de leche recién ordeñada a venderla en el mercado del pueblo, pero todas las mañanas iba al mercado a venderla porque así se lo mandaba su mamá.

Un día, Juan le dijo a su madre (en inglés, porque él era inglés y todo esto sucedió en Inglaterra):

—Mamá, estoy cansado de ordeñar la vaca y de ir todos los días al mercado a vender la leche.

—Ya lo sé —le contestó la madre—. Pero si no vendemos la leche, ¿de dónde sacamos dinero para comer?

—¿Y si en vez de comer nos tomamos toda la leche de la vaca? —preguntó Juan.

—¿Olvidas que ni a ti ni a mí nos gusta la leche?

La madre tenía razón. Juan pensó un rato y propuso:

—¿Y si nos comemos la vaca?

—Si la comemos, ¿después de qué viviremos?

Otra vez su madre tenía razón. Pero Juan no quedó conforme.

—Y... ¿si vendemos la vaca?

—¡Vende esa vaca! —le gritó la mamá—. ¡Véndela pero no sigas preguntando tonterías!

Juan corrió al establo, ató una soga al cuello del animal y se fue al mercado del pueblo. Silbaba por el camino. Estaba contento: por primera vez no tenía que llevar dos baldes pesados; quien llevaba la leche era la vaca.

Por el camino se encontró con un campesino viejo que lo saludó:

—Buenos días, jovencito! ¿Adónde vas?

Juan le contó lo que iba a hacer; entonces el campesino abrió la mano y mostró un puñado de habas. Juan se acercó y las miró maravillado. Eran las habas más lindas que había visto jamás, y las más raras. Unas eran rojas, otras eran blancas, otras doradas, y todas estaban lustrosas como las piedras del cofre del rey.

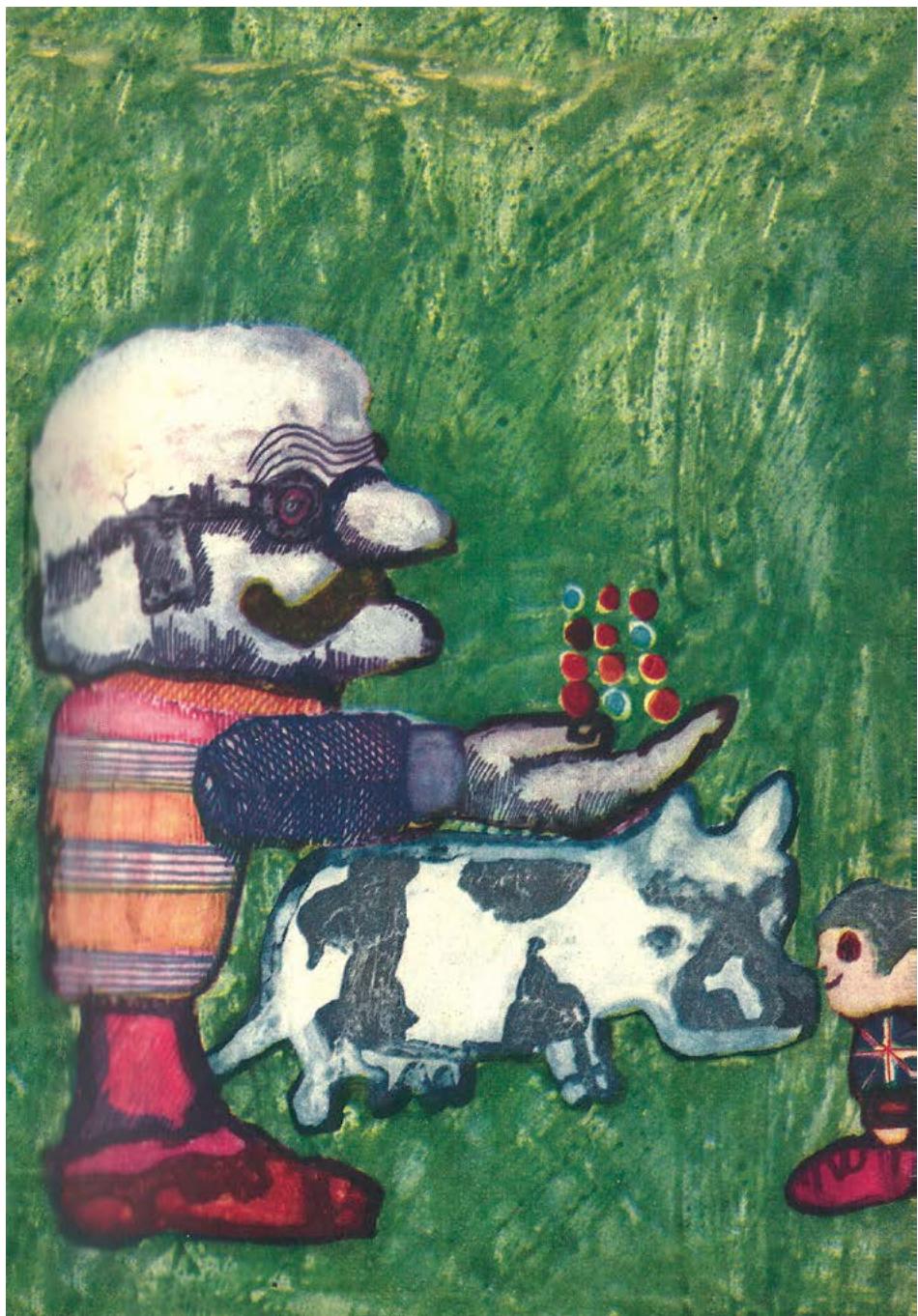
—¿Te gustan? —le preguntó el campesino y agregó—: Te las cambio por la vaca.

Juan cerró trato enseguida: entregó la molesta vaca al campesino y recibió a cambio el puñado de habas.

Volvió a su casa loco de alegría. Contó a su mamá que había hecho un gran negocio y le mostró las habas que le habían dado por el animal.

Pero no bien las puso sobre la mesa, se convirtieron en habas comunes, en habas color habas, ni más ni menos que en habas.

—Ay ay ay ay! —gritó la madre, echándose a llorar—. ¿Qué has hecho?



—Eran tan hermosas, tan brillantes como piedras preciosas... —tartamudeó el pobre Juan.

—Todo es tan lindo, todo brilla a la luz de los primeros rayos del sol —dijo la madre—. Las gotas de rocío parecen diamantes y la niebla parece polvo de oro y las habas parecen piedras del cofre del rey. ¡Ay ay ay ay! ¡Allá van tus habas!

Tiró las habas al jardín y siguió llorando. En todo el día Juan no pudo consolarla; fue un día muy triste con tanto llanto y sin nada que comer.

Al día siguiente, cuando la madre y el hijo salieron al jardincito de la casa, creyeron que estaban soñando. Entre las plantas pequeñas del jardín se levantaba una planta gigantesca. Era una mata de habas que unía sus tallos y formaba un tronco muy grueso y muy alto.

Las habas eran mágicas y, en una sola noche, habían despuntado los brotes, habían formado tallos y hojas enormes que crecían hasta quién sabe dónde, porque las últimas hojas se perdían entre las nubes.

—¿Hasta dónde llega esta planta? —exclamó la madre, maravillada—. ¿Hasta dónde?

—¡Voy a ver hasta dónde! —gritó Juan y empezó a trepar por el tallo con mucho entusiasmo.





Trepó sin descanso y, cuando se le ocurrió mirar para abajo,
no vio solamente su casa y el mercado: ¡estaba tan alto que vio
tres pueblos de Inglaterra!
Siguió trepando hasta que por fin alcanzó el extremo del tallo.
La planta no terminaba en el aire ni en las nubes, sino en un
país extraño, en una carretera gris bordeada por árboles azules.



Juan caminó por la carretera, anduvo horas y horas pero no encontró ni una casa. Sólo al anochecer vio una casa muy grande y se acercó y llamó a la puerta.
Una mujer salió a preguntarle qué deseaba.
—Señora, ¿no tendría un rinconcito donde pueda pasar la noche este viajero cansado? —respondió Juan.

La señora lo miró de arriba abajo y exclamó:

—¿Eres un ser humano?

—Sí, señora, soy humano y soy inglés —dijo el jovencito.

—Entonces, ¿cómo te atreves a acercarte? —preguntó la mujer muy sorprendida—. Todo el mundo sabe que mi marido es un gigante que devora todo lo que encuentra, ya sean animales o gente. Precisamente ha salido en busca de comida, pero si te descubre en casa cuando vuelva, te matará.

“¿Un gigante? ¿Cómo será de grande un gigante?” se dijo Juan y volvió a rogar:

—Entonces, señora, ¿no tendría un rinconcito donde un viajero cansado pueda pasar la noche sin que lo descubra el gigante?

La buena mujer le permitió entrar. Lo trató muy bien y le sirvió tres tazas de té. Juan acababa de beberse la última cuando se escucharon ruidos atronadores.

—¡Esas son las pisadas de mi marido que ya vuelve con su comida! —exclamó la señora.

Enseguida, el gigante descargó sus puños sobre la puerta.

—¡Ese es mi marido, que está golpeando! —dijo la mujer.



Antes de abrirle, escondió a Juan en el horno recién apagado. El gigante entró con su cena a cuestas; traía dos terneros, uno sobre cada hombro. Lo primero que hizo fue detenerse en medio de la habitación y oler hacia el norte donde estaba la ventana y hacia el sur donde estaba la alacena.

—¡Fi-fo-fon! ¡Siento olor a carne humana!

Tal fue su saludo. Después olfateó hacia el este donde estaba la mesa y hacia el oeste donde estaba el horno.

—¡Un, dos, tres! —rugió—. ¡Olor a carne de inglés!

La mujer le dijo que estaba completamente equivocado, que hacía cincuenta años que ningún inglés pisaba los alrededores ni por casualidad y que no es bueno para la digestión preocuparse antes de la cena.

El gigante se tranquilizó y se sentó a la mesa.

Juan abrió apenas la puerta del horno para espiarlo y vio con asombro que devoraba los terneros como si cada uno fuese una chuleta y que bebía un balde de vino como si fuese un vasito.

Cuando terminó de beber, se acomodó mejor en la silla y le gritó a su mujer:

—¡Ahora trae la gallina!





La buena mujer lo obedeció corriendo y le llevó una hermosa gallinita viva.

El gigante la puso sobre la mesa y le ordenó:

—Gallina, ¡quiero que pongas un huevo!

Desde su escondite, Juan vio que la gallina ponía un huevo amarillo y brillante: un huevo de oro macizo.

—Bien —dijo el gigante—. ¡Ahora quiero que pongas otro!

La gallina puso otro huevo de oro legítimo.

Y así siguió. Al rato (más o menos a la media docena de huevos) al dueño de casa le entró sueño y se quedó dormido junto al fuego.

La gallina también ahuecó el ala y la esposa del gigante dormía hacia un buen rato. El único despierto era Juan, que abrió despacio, muy despacio la puerta del horno, salió sin hacer el menor ruido y se acercó a la mesa en puntas de pie. Después agarró la gallina y salió rápido como un gato.

Huyó por la carretera gris con la gallina bajo el brazo. Corrió sin detenerse ni un momento hasta que por fin encontró la punta de la planta de habas.

Bajó con mucho cuidado sin soltar la gallina, pisando los escalones de hojas o deslizándose por los tirabuzones de los tallos, y llegó así al jardincito de su casa.

Su mamá estaba junto a la planta, esperándolo.

Juan la abrazó, le contó su aventura y le mostró la gallina prodigiosa. Enseguida le demostró sus habilidades:

—Gallinita, quiero que pongas un huevo.

Y ella, amablemente, puso un huevo de oro macizo.

Para que la gallina se sintiese cómoda le hicieron una silla muy bonita con un almohadón bordado con flores de colores.

Era un almohadón alegre porque la madre de Juan lo bordó cantando.

Y la gallina puso huevos de oro, los suficientes para que sus dueños pudiesen arreglar la casa, comprar un coche con caballos, ropa nueva y también platos nuevos en los que comieron cordero con salsa de menta, y pastel de manzana con pasas.

Durante un tiempo vivieron felices y sin preocupaciones. Pero la planta de habas estaba allí, con su tallo que parecía alcanzar el cielo. Todos los días Juan miraba los escalones de hojas y deseaba volver a subir, a ver qué cosa extraordinaria le ocurría.

Un día no aguantó más, se despidió de su madre y de la gallina y trepó por los tallos. No se detuvo hasta pisar la última hoja que, como él bien lo sabía, llegaba hasta la carretera del país del gigante.





Entonces empezó a andar en dirección a la casa del gigante. Como antes, llamó a la puerta de la casona y la buena mujer salió a abrirlle. No lo reconoció porque Juan estaba más gordito y sonrosado de tanto comer cordero con salsa y pastel de manzana.

—¿Eres humano? —le preguntó la señora.

—Sí, señora, soy humano y soy inglés.

—Entonces vete de aquí —le aconsejó—. Mi marido es un gigante comedor de hombres. Ahora no está en casa, pero si regresa y te encuentra te comerá crudo.



Juan le rogó que le permitiera entrar de todas maneras y, como recordaba muy bien el interior de la casa, le preguntó si, por casualidad, no tenía una alacena donde pudiera esconderse. La buena mujer dijo que sí tenía una alacena, le permitió entrar y le sirvió una taza de té. No tuvo tiempo de convidarlo con otra porque enseguida se escucharon las pisadas del gigante y sus golpes hicieron temblar la puerta.

Juan corrió a esconderse en la alacena. El gigante entró y se plantó en el medio de la habitación a olfatear el aire.

—¡Fi-fo-fon! Siento olor a carne humana —gritó con su vozarrón—. ¡Un, dos, tres! ¡Olor a carne de inglés!

La mujer lo convenció de que era el aroma del arenque ahumado que le había preparado para la cena y puso sobre la mesa una fuente con una montaña de arenques y un tonel de cerveza.

El gigante se sentó y comió y bebió a sus anchas. Cuando terminó, le ordenó a la mujer que le alcanzara los sacos de dinero.

Enseguida ella apareció con dos sacos, uno repleto de guineas y el otro de chelines.

El dueño de casa sacó sus monedas, las contó, las miró y se entretuvo haciendo pilas, torrecitas y puentes como quien juega a hacer castillos de naipes. Cuando se cansó de jugar, guardó las monedas en los sacos y se quedó dormido. Sólo Juan permanecía despierto, espiando desde su escondite y pensando: “Si yo tuviese los sacos de monedas, no necesitaríamos los huevos de oro y la gallina ponedora podría descansar...”. Salió del armario y se acercó despacito a la mesa. Vio entonces que el gato vigilante estaba despierto,



con los ojos grandes como faroles, cuidando las monedas.
Antes de que diera un maullido de alerta, Juan tuvo la buena idea de arrojarle una cola de arenque y el gato ya no pensó más que en el pescado.

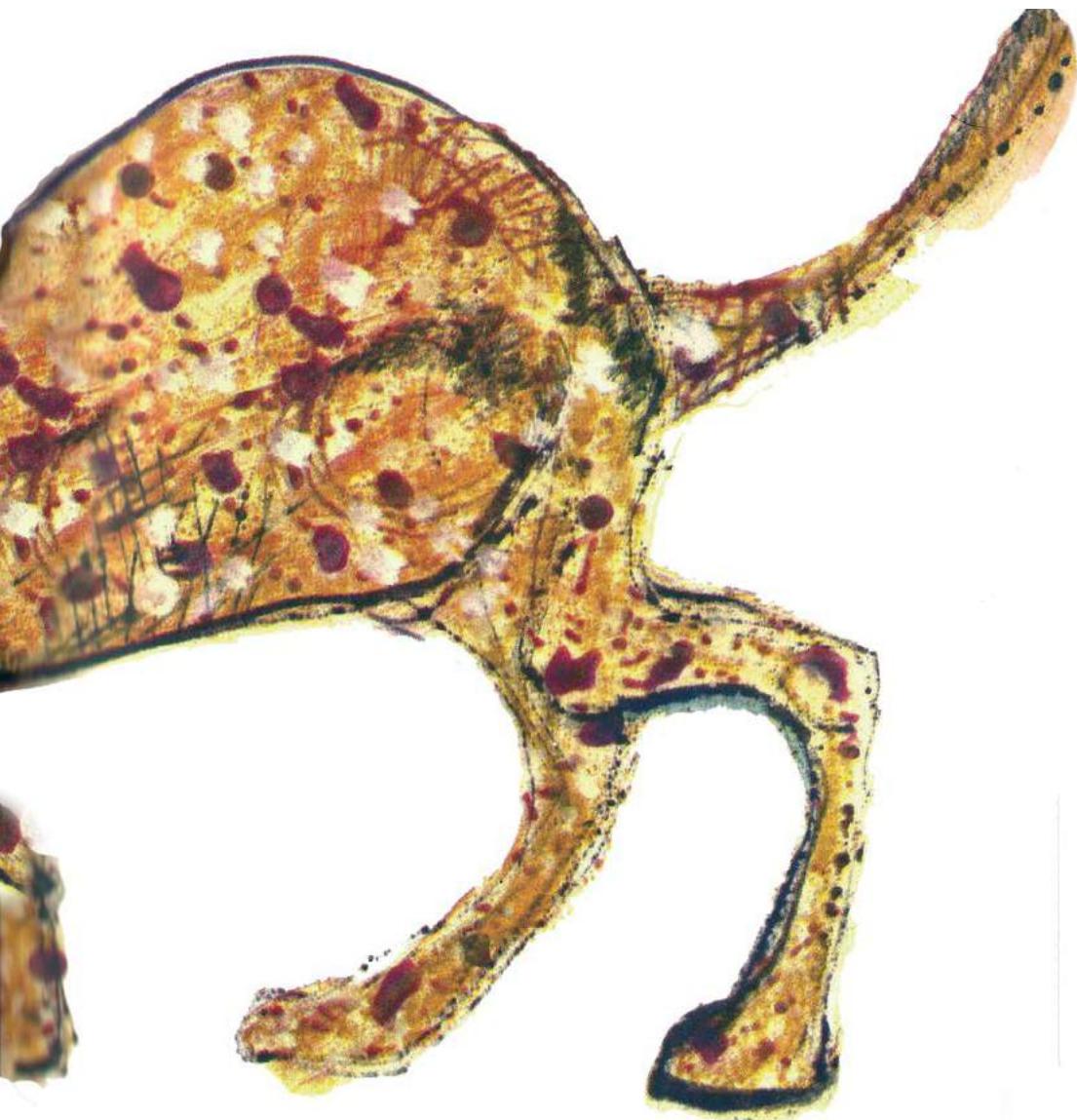
Entonces él tomó los dos sacos y escapó de la casa en puntas de pie.

Tomó por la carretera gris y corrió sin parar hasta que llegó a su planta de habas y bajó por ella con las bolsas al hombro. Cuando llegó al jardín de su casa, gritó:

—¡Mamá, traigo una fortuna!



Y la madre se alegró muchísimo y la gallina cacareó de contento.
Pasó mucho tiempo.
Juan y su madre construyeron una casa magnífica y pusieron
muchas plantas nuevas en el jardín. Pero en ese jardín estaba



también la mata de habas y, mientras estuviese allí, Juan sentiría siempre ganas de trepar por su tallo.

Un día se decidió a hacer otro viaje al país del gigante y ascendió por los verdes escalones de la planta.

Cuando estaba ya muy arriba apareció en el cielo una bandada de pájaros negros que graznaban: “¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!”.

Pero el jovencito no se dejó asustar y siguió trepando.

La punta de los últimos tallos asomaban entre los árboles azules, junto a la carretera gris.

Como había hecho otras veces, Juan tomó por la carretera hasta llegar a la casona. Llamó a la puerta y nuevamente la buena mujer salió a ver quién era.

Tampoco esta vez lo reconoció, porque Juan parecía un caballero rico, con su traje de terciopelo y un sombrero de ala ancha metido hasta los ojos.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, señora. ¿Puede albergar por una noche a un viajero fatigado?

—La casa es grande, caballero —respondió la mujer—. Pero mi marido es un gigante y una persona culta como usted sabrá lo que eso significa. Lo que ni siquiera una persona instruida como usted puede imaginarse, es lo terriblemente malo que se ha vuelto mi marido desde que le robaron su gallina y sus sacos de monedas. Más malo que nunca.

Juan le aseguró que no tendría miedo siempre que hubiese un buen lugar donde esconderse.

—¿No tienen ustedes, por ejemplo, una caldera muy grande? —preguntó recordando lo que había visto en la casa.

—Tenemos una gran caldera —dijo la mujer—. Pase si quiere...



Acababa de entrar cuando:
TUN TUN TUN
se oyeron los fortísimos pasos del gigante y
BAM BAM BAM
sus tremendos golpes llamando a la puerta.
Juan levantó la tapa de la caldera y se zambulló adentro
de cabeza.



Cuando la mujer abrió la puerta, el gigante olió a un lado
y a otro como un perro de caza y bramó:

—¡Un, dos, tres, olor a carne de inglés! ¡No me equivoco esta vez!
Antes de que la buena señora pudiese inventar una excusa, miró
por todos los rincones, abrió la tapa del horno, revisó la alacena
y buscó debajo de la mesa. Buscó en todos lados menos dentro
de la caldera.



Pero Juan estaba muerto de miedo y su corazón latía tan fuerte que sonaba: “¡Toc-Toc! ¡Toc-Toc! ¡Toc-Toc!”.

—¿Qué es ese ruido? —exclamó el gigante.

—Es el reloj y está marcando la hora de la cena —dijo la mujer.

En cuanto le nombraron la cena, el dueño de casa se sentó a la mesa.

Esa noche se comió un jabalí entero; después ordenó a su mujer que le alcanzara el arpa.

Juan levantó apenas un poquito la tapa de la caldera justamente cuando la mujer ponía sobre la mesa un arpa muy hermosa.

—¡Toca! —le gritó el gigante.

Y el arpa, que estaba encantada, empezó a tocar sola, sin que nadie pulsara sus cuerdas. Tocó una melodía linda y suave que arrullaba como una canción de cuna y el gigante, gracias a la música, se durmió antes que de costumbre.

Como ya todos dormían, Juan levantó la tapa de la caldera, salió silenciosamente, fue hasta la mesa y tomó el arpa. Después corrió hacia la puerta; pero el arpa, al sentirse en manos extrañas, gritó como una persona, con una voz muy aguda:

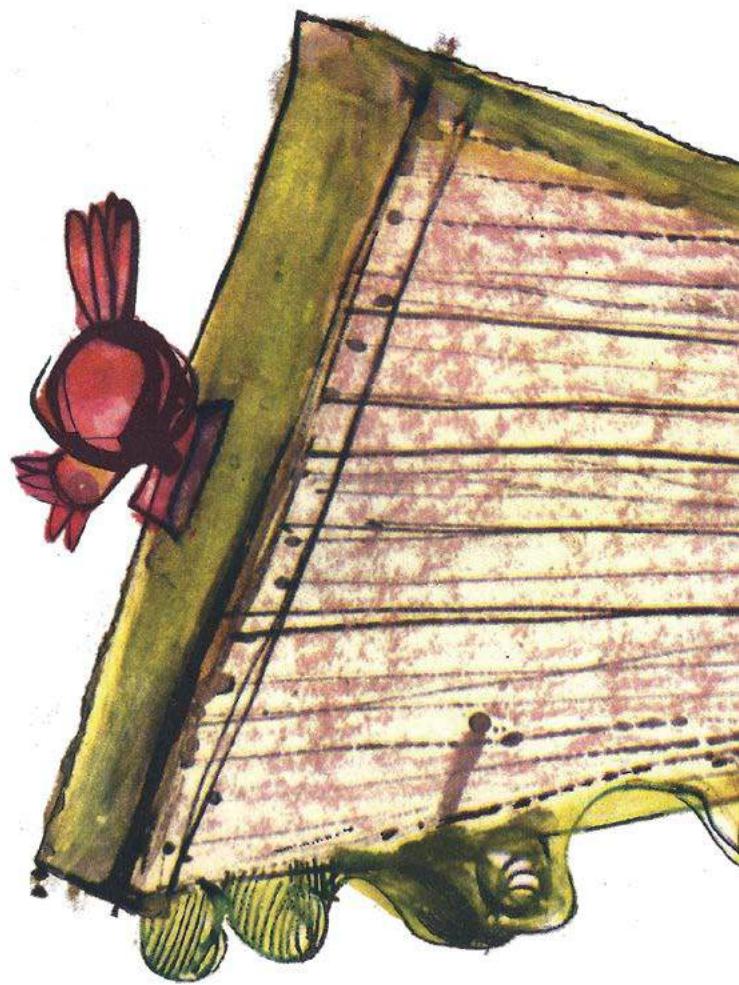
—¡Socorro! ¡Socorro!

El gigante dio un salto en su silla y se despertó a tiempo para ver a Juan que escapaba.

—¡Ah, pícaro, ya sé quién eres! —le gritó—. Tú me robaste la gallina de los huevos de oro y también los sacos de dinero. ¡Pero hoy yo te agarro y te como con sombrero y todo!

Juan corrió a todo lo que daba por la carretera con el gigante pisándole los talones. Corrió como loco sin soltar el arpa, a pesar de que esta le indicaba a su amo por dónde iban:





—¡Por aquí! ¡Por aquííííííí!

Al llegar a la planta de habas, se deslizó por el tallo, rapidísimo.

Poco después también el gigante bajaba por la planta, pero Juan le llevaba una buena ventaja y era ágil como una langosta.

Siguió bajando y bajando mientras el arpa dejaba oír la melodía más triste que sabían tocar sus cuerdas.



El gigante también continuó bajando y bajando, pero como no estaba muy práctico en andar por los tallos de las habas se cuidaba mucho para no dar un paso en falso.

Por fin, Juan llegó a tierra.

—¡Madre! —gritó enseguida—. ¡Un hacha! ¡Pronto, traiga un hacha!

Después empuñó el hacha y descargó hachazo tras hachazo en el tronco de la planta de habas, hasta que partió los tallos. Entonces el gigante cayó a tierra como un plomo y allí se quedó, muerto.

El arpa siguió sonando, pero ya no para el gigante sino para Juan:

Si el gigante se acabó
y a la tierra vine yo
si tú me quieres a mí
yo sonaré para ti.

Juan tuvo todo lo que quiso y vivió feliz desde entonces.

No pudo volver a trepar por la planta de habas porque el tallo que quedó en pie se secó completamente. Y como nadie guardó ni una sola semilla, no volvió a crecer ni allí ni en ninguna parte del mundo.





El gigante Jacinto

Adaptado por: Beatriz Mosquera

Ilustrado por: Alba Ponce





Jacinto tenía piernas de gigante, brazos de gigante, cabeza de gigante y, por lo tanto, era un gigante. Había nacido en una tradicional familia de gigantes, que guardaban gran respeto por sus antepasados, y seguían con la sagrada tradición de ser enemigos públicos de la humanidad. Desde pequeño, Jacinto fue un permanente dolor de cabeza para sus padres. No quería asustar a los niños, ni arrancar árboles, ni deshacer por la noche la obra que durante el día realizaban los hombres, y tenía, además, muy poco apetito.



Mientras su padre se devoraba, con gran placer, un buey entero y su madre no se quedaba atrás, él apenas si se comía una triste gallina.

La madre, todas las noches, se quejaba al padre en este tono:

—¡Qué desgracia hemos tenido! Nuestro hijo es tan tonto, que no sabrá abrirse camino en la vida.

—No te preocupes —le contestaba el gigante padre—. Ya cambiará y será un temible gigante.



—Es que come tan poco, que crecerá débil y no podrá asustar a nadie.

—Espera un poco y ya lo verás comerse un buey entero y cumplir con sus obligaciones de gigante.

El tiempo pasó, pero Jacinto no cambió: ni crecía demasiado, ni se comía animales enteros, ni arrancaba árboles de un tirón, ni se complacía en molestar a los hombres... ¡Nada...!

Un día su padre, que ya comenzaba a alarmarse, lo llamó y le preguntó qué pensaba ser cuando fuera grande.

Jacinto le respondió muy sonriente:

—Me gustaría ser guardián de plaza, cuidar las flores y jugar con los cachorros de los hombres.

¡Para qué! El padre se puso furioso, lo golpeó con violencia y lo llamó: “Mal gigante” e “Hijo desagradecido”.





Tan furioso estaba el gigante padre, que daba golpes a diestra y siniestra, mientras gritaba a todo lo que le dababan sus pulmones de gigante:

—¡Desde el principio del mundo los gigantes hemos comido carne humana, hemos sido crueles y temidos, y ahora tú, mal hijo, pretendes cuidar flores, y jugar con los cachorros de los hombres!

—A mí me gustan los hombres porque saben hacer casas muy bonitas y tienen unos cachorros muy lindos y simpáticos —dijo tímidamente Jacinto, escondido debajo de la mesa.

El padre, rojo de rabia y con los pelos de punta, como pararrayos, de pura indignación, rugió:



—¡Vete de aquí ya mismo, y que no vuelva a verte
yo nunca más! ¡Nunca más!

El pobre Jacinto no tuvo más remedio que irse.

Y se fue, y comenzó de ese modo a recorrer el mundo.
Anduvo día y noche vagando por el bosque, hasta que
se encontró con un oso.



—Buenos días, señor Oso —dijo Jacinto—. ¿Cómo anda de salud?

—¿Quién eres? —preguntó el oso, un poco amedrentado al verlo tan grandote.

—Soy el gigante Jacinto y ando buscando un brujo. ¿No conoce usted ninguno?

—¿Para qué lo necesitas? —volvió a preguntar el oso, muy asombrado.

—Quiero que me achique, para poder vivir con los hombres
y jugar con sus cachorros.

—¡Esta sí que es buena! —dijo el oso, muerto de risa—. ¿Quieres
renunciar a tu fuerza y a tu tamaño?

—Quiero vivir con los hombres y jugar con sus cachorros,
pero me ven tan grande, que se asustan y salen huyendo.



—Para empezar —dijo el oso, dándose importancia—, los cachorros de los hombres se llaman niños.

—¿Ni-ni... ños-ños?... —repitió Jacinto con gran dificultad.

—Y para continuar, te diré que conocí un brujo en mi juventud, pero vive lejos, muy lejos de aquí.

—¡No importa! ¡No importa! —gritó Jacinto lleno de alegría—. ¡Yo lo encontraré!

El oso le indicó el camino, pensando para sus adentros que aquel gigante debía estar bastante loquito:

—Camina y camina, hasta que encuentres un árbol azul. Allí, doblas a la derecha y sigues caminando hasta que encuentres un río muy caudaloso con tres jorobas; lo cruzas y allí, al otro lado del río, verás la choza del brujo.

—Muchas gracias, amigo Oso —dijo Jacinto, y sin pérdida de tiempo emprendió el camino.

Encontró el árbol azul y el río caudaloso, que formaba tres cascadas, que parecían jorobas. Lo cruzó en cuatro brazadas de gigante y al llegar a la otra orilla divisó la choza. Se acercó y vio al brujo sentado en el suelo, muy pensativo y abanicándose con una hoja de palmera.

—Buenas tardes, señor Brujo. ¿Cómo anda de salud?

—¿Quién eres? ¿Y qué quieres? —le preguntó el brujo, de muy mal humor.

—Soy el gigante Jacinto y necesito de sus oficios de Brujo.

—En mal momento llegas. Ando de capa caída y con pocas ganas de trabajar.

—¿Por qué señor Brujo? ¿Se siente mal?

—No es eso —dijo el brujo muy triste—. ¡Se acabaron los buenos tiempos! Ya nadie cree en nosotros. Apenas gano para vivir



༄༅༅༅





curando el empacho y haciendo alguno que otro horóscopo por ahí.

—No diga eso. Yo creo en usted y quiero que me ayude.

—¿Qué asunto te trae? —preguntó el brujo con desgano.

—Mi padre me echó de su casa porque dice que soy un mal gigante, pero yo quiero achicarme para vivir con los hombres y jugar con los ni-ni...ños. ¿Usted no podría acortarme los brazos y las piernas y achicarme un poco la cabeza y todo lo demás del cuerpo?

—¡Lo que pides es muy difícil! —exclamó el brujo—. Naciste gigante y morirás gigante.

—Piense, señor Brujo, piense —insistió Jacinto—. Estoy seguro de que puede ayudarme.

El brujo dejó de abanicarse, se rascó la cabeza con sus largas uñas, entrecerró los ojos para recordar mejor, y comentó:

—Mi viejo maestro, el Gran Brujo, me dijo una vez que para transformarse en hombre había que encontrar tres dolores y ayudar a calmarlos.

—Yo no sé ayudar a calmar un dolor —dijo Jacinto, muy preocupado—. Sé golpear muy fuerte, arrancar árboles, derribar casas, soplar como el viento y otras pequeñas cositas más. Pero eso que usted dice, no.

—Continúa tu camino, pues, porque no puedo ayudarte.

—¿Dónde podré encontrar tres dolores? —insistió Jacinto—. ¿Estarán escondidos en algún pozo? ¿En el fondo del río? ¿O al otro lado del mar...?

—Si recorres el mundo, tal vez puedas encontrar tres dolores y seas capaz de ayudar a calmarlos.

Jacinto se despidió del brujo y continuó su camino, muy, pero muy triste.

Anda que andarás, de día y de noche, atravesó bosques, cruzó ríos y escaló montañas, busca que te busca los tres dolores.

Una noche, mientras descansaba debajo de un árbol ¡no! ¡de varios árboles juntos!, escuchó que alguien se quejaba:
—¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Qué dolor!

Se acercó sin hacer ruido y vio a un hombre caído, con un pesado tronco sobre sus piernas.

—Buenas noches, buen hombre —dijo—. ¿Cómo estás de salud? De más está decir que el buen hombre casi se muere del susto, al ver aquel tan enorme gigante; pero después comprendió que era un gigante bondadoso y le pidió ayuda, llorando de dolor.

—No llores, no llores. Yo te ayudaré —aseguró el buen gigante y levantó el pesado tronco como si fuera una ramita.

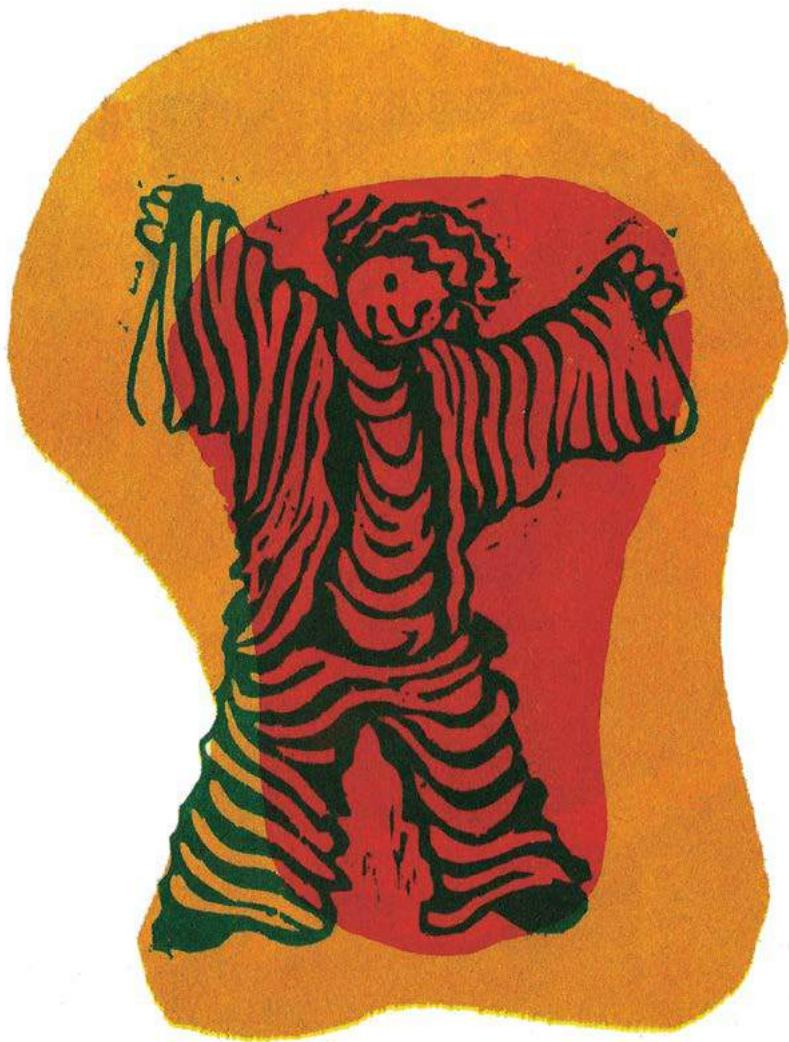
Cargó después al hombre con mucho cuidado y lo llevó hasta su casa.

Mientras caminaba, Jacinto pensaba: “¿Habré encontrado el primer dolor? ¿Le llamarán a esto dolor?”.

El leñador, porque el buen hombre era leñador, estaba muy agradecido y le pidió que se quedara a vivir con él. Jacinto aceptó pasar la noche en su choza. Y al otro día, cuando despertó: ¡Oh, sorpresa! Se había achicado un buen pedazo de cada lado.

Continuó su camino, con una sonrisa de satisfacción en su boca de gigante, que ya era menos gigantesca.

Anda que andarás, otra vez hasta que llegó a la orilla del mar. Allí se encontró con una mujer que lloraba desconsoladamente.





Se arrodilló a su lado para parecer más pequeño y le preguntó:

—Buenas noches, buena mujer. ¿Cómo estás de salud?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre de mí! —gimió la mujer.

—No llores. No llores. Yo te ayudaré —aseguró Jacinto, convencido de que ya había encontrado el segundo dolor.

—Mi hijo es pescador —dijo la mujer, sin mirarlo—. Salió esta mañana de casa y no ha regresado.

—No te preocupes, buena mujer. Yo lo buscaré.

Con gran rapidez fue hasta un bosque cercano, derribó varios árboles, hizo una grandísima armadía, o balsa, y se hizo a la mar.

La mujer, al verlo, exclamó:

—¡No te vayas, que hay tormenta y te perderás en el mar!

—Para algo soy gigante y tengo fuerza de gigante —gritó Jacinto desde lejos.

—¡Bendito gigante de buen corazón! —gimió la buena mujer, y se enjugó el llanto con un pañuelo.

Jacinto tuvo que luchar con el viento que soplaban con furia desatada, y con olas más altas que casas de dos pisos, pero al fin su fuerza de gigante pudo más y encontró al pobre pescador que se había perdido en el fragor de la tormenta.

Lo llevó hasta la costa en su grandísima armadía, o balsa, y allí, en tierra firme, ¡madre e hijo se abrazaron felices!

—¡Hijo mío!

—¡Madre mía!

—¡Hijo mío!

—¡Madre mía!

Cuando se sosegaron, agradecieron a Jacinto su buena acción, hablaron maravillas de los gigantes serviciales, y lo invitaron a comer y dormir en su casa.





La madre preparó unos diez kilos de pescado frito y una gran olla de arroz. Jacinto se lo devoró en menos de lo que canta un gallo, “qui qui ri qui, qui qui ri co”, y después, muy satisfecho, se fue a dormir.

A la mañana siguiente, cuando despertó: ¡Nueva sorpresa! Se había achicado otro buen pedazo de cada lado. Ya casi parecía un hombre muy grande y fortachón.

Muy, pero muy contento, se despidió del pescador y su madre y continuó su camino cantando la canción del buen gigante.

Anda que andarás, anda que andarás, de nuevo,
hasta que se encontró ahora con un niño que intentaba derribar un árbol, con un hacha más grande que él. Se acercó sin hacer ruido y escuchó que el niño lloraba despacito y decía:

—¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Qué poca fuerza tengo!

Jacinto sintió una gran pena en su corazón, al verlo tan pequeño y teniendo que derribar un árbol tan grande. Se aproximó más a él y le dijo, con la voz más suave que pudo encontrar en su garganta:

—Buenos días, ni-ni... ño-ñó...! ¿Cómo estás de salud?

—Yo estoy bien, pero mi padre está muy enfermo —contestó el pequeño, lloriqueando de nuevo.

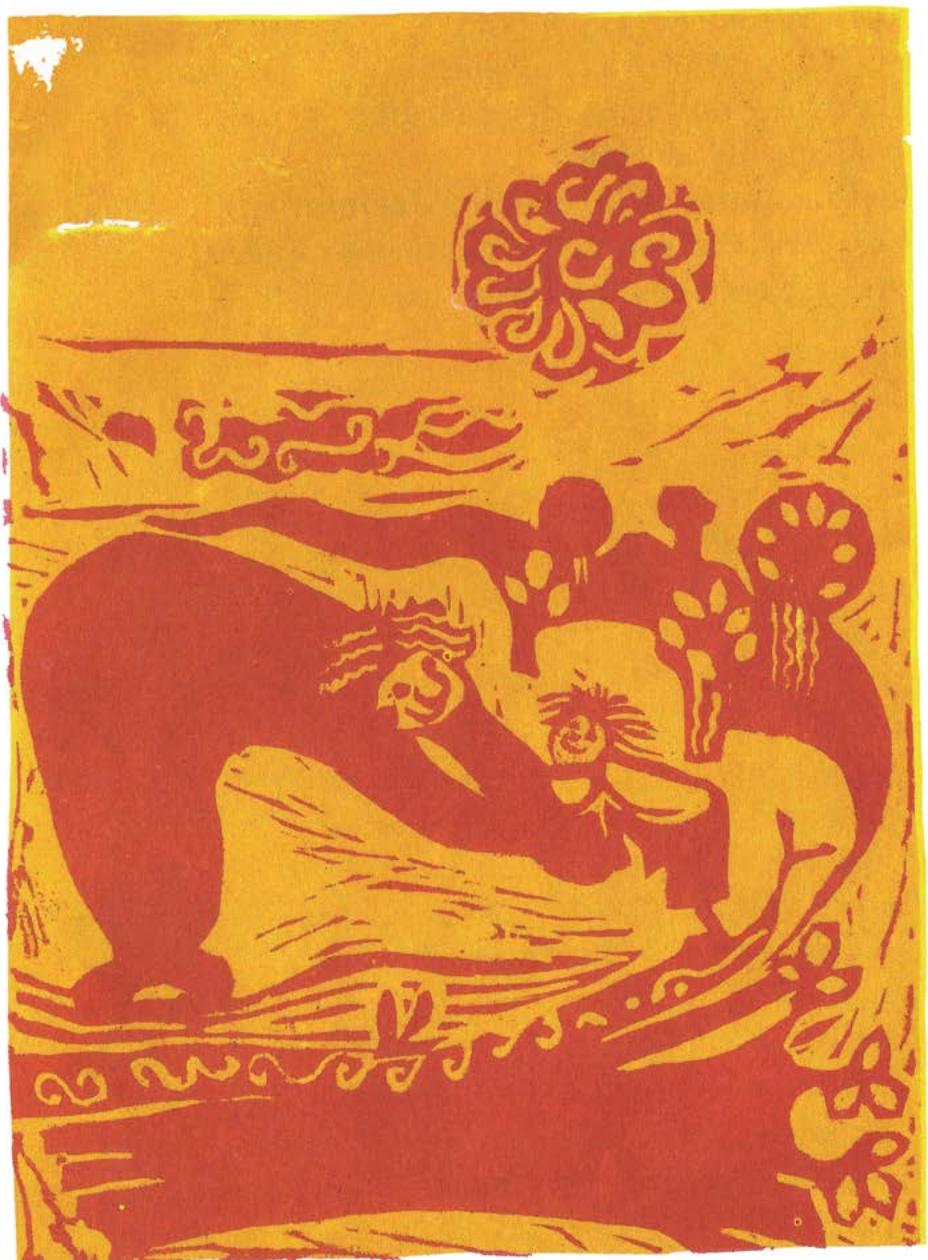
—No llores, no llores. Yo te ayudaré.

—Tengo que derribar árboles para venderlos y darles de comer a mi madre y a mis hermanos —dijo el niño muy afligido—. ¡Y no tengo fuerza...!

—¡No te preocupes por eso! ¡Yo te los derribaré!

Tomó el hacha con sus fuertes manos, y en un abrir y cerrar de ojos derribó un montón grandísimo, como una montaña, de árboles. Y el niño sonreía feliz, al ver tanta leña.





—¿No me tienes miedo —preguntó con ansiedad, Jacinto—, al verme tan grandote?

—No —repuso el niño—. Eres muy bueno y me has ayudado. Ahora me gustaría encaramarme a tu hombro. Debe ser como estar en un balcón del primer piso.

—Súbete de un lado, que llevaré un fardo de leña del otro —dijo Jacinto, muerto de risa al escuchar que comparaban su hombro con un balcón.

Emprendieron así el regreso a la casa del niño y llegaron en medio del asombro general de la familia. Hasta aquel momento no habían conocido un gigante más sonriente y educado.

Jacinto se quedó a vivir con ellos, hasta que el padre se sanó y volvió a trabajar.

Cada día se achicaba un poquito más, hasta quedar de la misma altura que el leñador. Los niños jugaban con él a la mancha, al escondite y a vigilantes y ladrones. Y cada día que pasaba, lo querían más.

Una noche se acostó muy feliz, durmió a pata suelta, y al otro día despertó en una plaza con su flamante uniforme de guardián y rodeado de niños que le decían:

—¡Cuéntanos otro cuento, Jacinto! ¡Sí! ¡Cuéntanos otra vez ese del gigante que quería ser hombre y jugar con nosotros, los niños!



fin

Mitos y cuentos tradicionales

Pandora

13

La Tierra ya está hecha

35

El gigante y el viento

53

Juan y la planta de habas

83

El gigante Jacinto

115

Los cuentos de Polidoro

1. **Pulgarcita** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ayax Barnes.
2. **El gigante y el viento** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
3. **El gato con botas** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
4. **El patito feo** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ayax Barnes.
5. **Juan y la planta de habas** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
6. **La bella durmiente** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
7. **El soldadito de plomo** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ayax Barnes.
8. **El viaje de los animales** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
9. **El ruiseñor** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ayax Barnes.
10. **El traje del emperador** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ayax Barnes.
11. **Caperucita Roja** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
12. **La Cenicienta** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
13. **Los tres deseos** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
14. **La suerte del leñador** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
15. **Los músicos de Bremen** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
16. **Alí Babá y los 40 ladrones** Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
17. **El sastrecillo valiente** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
18. **Aladino y la lámpara maravillosa** Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
19. **El ganso de oro** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
20. **El fuego y los cuentacuentos** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
21. **Hansel y Gretel** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
22. **El pozo de las monedas** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
23. **Simbad el Marino** Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
24. **La bolsa encantada** Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
25. **El cuento de la noche** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
26. **El caballo volador** Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
27. **Brita y las nornas** Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
28. **El hada Globo Azul** Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
29. **Los dioses campeones** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
30. **El espíritu del bosque** Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
31. **El príncipe sapito** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
32. **El príncipe que perdió la risa** Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
33. **La selva del Yasi-Yateré** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
34. **El atado de heno** Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
35. **Las aventuras de Pinocchio** Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
36. **Pinocchio, el gato y la zorra** Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
37. **El árbol de la luna** Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
38. **Pinocchio y el hada azul** Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.

39. *El duende de la granja* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
40. *Pinocho en el país de los juguetes* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
41. *La Tierra ya está hecha* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ayax Barnes.
42. *Pinocho y la ballena* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
43. *Teseo y el minotauro* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ayax Barnes.
44. *Meñique* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
45. *En el país de los gigantes* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
46. *La pajarita de papel* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
47. *Pandora* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ayax Barnes.
48. *La cigarra y la hormiga* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
49. *Las aventuras de Ulises* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ayax Barnes.
50. *El rey y el leopardo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
51. *La flecha mágica* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ayax Barnes.
52. *U-Lan. El hombre de la luna* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
53. *Las trampas del Curupí* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
54. *El ratón azul* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
55. *Las alas de Bolita* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
56. *La zorra y las uvas* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
57. *El gigante Jacinto* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
58. *Bambú, el elefante negro* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
59. *El cumpleaños de la Tía Emilia* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
60. *El tesoro de los incas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
61. *La lechera y el cántaro* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
62. *El castillo del sol* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
63. *La hija de la tierra* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
64. *El elefante triste* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
65. *La tortuga y los patos* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
66. *Anguyá el invisible* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
67. *Los mellizos de la Pachamama* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
68. *Los sueños de José* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ayax Barnes.
69. *La rebelión de Marfisa* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
70. *El viaje de Jonás* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ayax Barnes.
71. *El mundo de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
72. *El arroyo cantarín* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
73. *La descomunal batalla de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
74. *El gato Perejil* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
75. *El arca de Noé* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ayax Barnes.
76. *Don Quijote, el Caballero de los Leones* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

77. *David y Goliat* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ayax Barnes.
78. *Sancho Panza, gobernador* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
79. *Jehová y la creación del mundo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ayax Barnes.
80. *La vuelta de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

De: *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2007.



**Afiche
de promoción
en vía pública**

1967

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

tomo
Nº

4

Pandora
La Tierra ya está hecha
El gigante y el viento
Juan y la planta de habas
El gigante Jacinto



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.